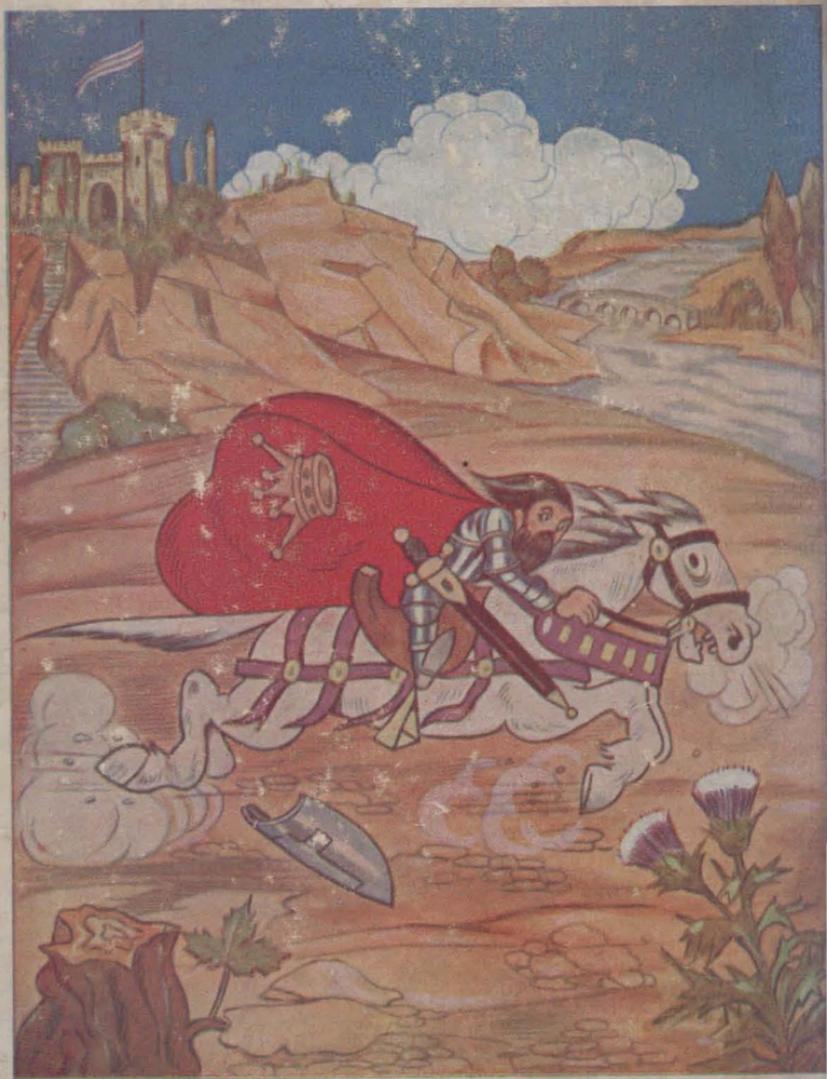


# ENTOS DE ANDERSEN



JOSE BALLESTA  
EDITOR

VICTORIA 2158  
BUENOS AIRES

*Duplicado*

2/0.45

CUENTOS  
DE  
**ANDERSEN**

ADAPTADOS PARA NIÑOS POR  
**CARMEN POMÉS**

CON ILUSTRACIONES DE  
**HÉRMENLIN**

DERECHOS RESERVADOS



**JOSE BALLESTA — EDITOR**

Consejo de Ciento 424  
BARCELONA

Alsina 2006  
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

Vicariato General  
de la  
Archidiócesis de Buenos Aires

---

NIHIL OBSTAT  
Mariano Núñez Mendoza  
Asesor y Censor.

---

Buenos Aires, 26 de Abril de 1938.



Puede imprimirse.

---

A N T O N I O R O C C A

Obispo de Augusta

y

Vicario General.

INDICE

	Páginas
Prólogo .....	—
Amor de madre .....	1
Pulgarcilla .....	17
El avaro D. Rodrigo .....	33
Bajo el sauce .....	49
El mejor destino .....	65
El escarabajo presumido .....	81
Desventuras de un cisne .....	97
Aventuras de cuatro ratitas .....	113
El trompo enamorado .....	129
El cardo vanidoso .....	145



*ILUSTRACIONES EN COLOR*

- PORTADA. — Aquel día en que salvó a nuestro Rey.  
 —Sujetó a una mariposa.  
 —Llegó el jardinero del lugar...  
 —Partieron las cuatro...  
 —¡Con qué gusto te comería!...

## ILUSTRACIONES EN NEGRO

---

Págs.

- 5 Pensando en su hijo se quedó dormida.
- 9 Se encaminó directamente al cementerio.
- 14 ¿Quieres estar junto a tu hijo?
- 21 Y tomando a la niña, se la llevó al jardín.
- 25 Sujetó a una mariposa atándola a la hoja.
- 30 Subió sobre la golondrina.
- 37 Un viejo castillo de piedra.
- 41 D. Rodrigo saltaba de alegría.
- 46 Los habría tomado por mendigos.
- 53 Un viejecillo que vendía piezas de mazapán.
- 57 Sentóse bajo el árbol.
- 62 Un hombre tendido al borde de la carretera.
- 69 Dijo el rayo de Sol: ¡Qué rosas tan magníficas!
- 73 Se veía reflejado como en un espejo.
- 78 Llegó el jardinero del lugar.
- 85 Aquel día en que salvó a nuestro Rey.

- 89 Buenos días, señor forastero.  
94 Y poniendo al escarabajo dentro del zueco...  
101 Por fin abrióse un huevo.  
105 Las pollas se reían de él.  
110 Vivía en aquel lugar una vieja.  
117 Partieron las cuatro.  
121 Tomó el asador por un extremo...  
126 Pronto nos hicimos grandes amigos.  
133 Un niño que tenía muchos juguetes.  
137 Querida pelotita: ¿Qué tal me encuentras?  
142 La golondrina asoma su cabecita.  
149 ¡Con qué gusto te comería!  
153 La niña la tomó en sus delicadas manos.  
158 Todavía tiene una, aunque casi seca.



# Hans Cristián Andersen



*Entre todos los cuentos universalmente famosos que escribiera a lo largo de sus setenta años el célebre poeta de la infancia, tal vez ninguno de los que soñó su fantasía prodigiosa de narrador, encierra una lección tan maravillosa como el de su propia existencia, que él mismo refirió en una interesantísima autobiografía titulada "El cuento de mi vida". Porque la vida de Andersen es toda ella un extraordinario cuento para niños, y tiene, como los cuentos, su moraleja, digna de no olvidarse nunca por aquellos niños de humilde origen que aspiren a ser algo grande en el mundo.*

*Nieto de ricos labradores arruinados, Hans Cristian era hijo de un zapatero remendón, tan pobre que él mismo se construyó el banco de su taller; y, con las tablas formado el túmuló donde estuvo expuesto el féretro del conde de Trampe, se hizo el lecho nupcial donde el futuro cuentista vino a la vida, nacido de una buena mujer tan humilde que, muchas veces, de niña, había implorado limosna por las calles de Dinamarca.*

*A los doce años — había nacido el 2 de Abril de 1805 — escribió su primera obra teatral y entró de aprendiz en una fábrica. A los catorce, decidió emanciparse, pues su madre habíase casado en segundas nupcias. Antes de partir para la capital, una gitana vieja le dijo la buena-ventura, asegurándole que "algún día la ciudad de Odensea — donde había nacido — encendería luminarias*

en su honor". Y así fué, por ventura. El 5 de Septiembre de 1819, el joven Andersen entraba en Copenhague con trece escudos, su hatillo de ropas y una carta de recomendación que no le sirvió para nada, pues durante cuatro años sufrió hambre, frío y amarguras, que cesaron al cumplir los diecinueve, época en que, protegido por el monarca Federico VI, empezó sus estudios de Latín y Griego. Hasta allí había intentado, en vano, serlo todo: autor dramático, poeta, cómico, cantante... Pero, alto, flaco, estafalarío y pobre por añadidura; nadie le hacía caso. Hasta que Collin, director del Teatro Real, leyó su tragedia "Afsol" y, hallando buena disposición en el muchacho, pero encontrándolo falto de toda preparación lo recomendó al rey, quien le señaló una beca. Consagrado por completo al estudio, pronto ingresó en la Universidad y allí publicó su primer libro de viajes fantásticos, que le abrió de par en par las puertas de la gloria.

Sus obras, empezaron a traducirse al alemán, al francés, al inglés, y su nombre poco a poco hízose famoso en el mundo enteró. Viajó por toda Europa; publicó multitud de libros excelentes, cultivando todos los géneros — novelas, cuentos, dramas, comedias, óperas, artículos periodísticos — y reunió una discreta fortuna que al morir en paz el 5 de Agosto de 1875, repartió por igual entre varios establecimientos de enseñanza para que otros muchachos pobres pudieran hacerse cultos y sabios, y los descendientes del señor Collin, en recuerdo de haber sido éste el primer protector de sus mocedades.





## AMOR DE MADRE

Hace ya de esto muchos años, vivía en un pueblo lejano, una familia feliz. El padre y la madre eran dichosos junto a sus dos niñas y su hijito menor.

Un día, muy triste para todos, el niño enfermó y murió.

.....

El luto ennegrecía todos los corazones en la casa en duelo, porque aquel niño de cuatro años era la esperanza de sus padres en una vejez dichosa, al amparo del hijo varón, y era, también, el encanto de sus hermanitas, que lo querían como

si fuera algo más que un niño o que un hermanito: como si fuera su juguete predilecto: un juguete, un bebé, que dijera "papá" y "mamá", y que anduviese de veras, sin necesidad de resortes.

La madre no quería creerlo, pasaba largas horas junto a la cuna de su hijo, ansiando devolverlo a la vida, con sus besos y caricias.

El padre sufría mucho y las hermanitas lloraban; querían tanto al hermanito.

El niño ya había muerto y la madre aún lo acunaba amorosamente. Sólo cuando trajeron el ataúd, comprendió la terrible verdad. Su niño querido había muerto, no lo volvería a ver más.

La madre dolorida, decía frases amargas.

Ya estaba el cuerpecito frío, rígido, yerto, del pequeñito, en su nueva cuna, en la caja, cubierta de flores; y ya se lo iban a llevar, a hombros, los hombres negros que hacen los entierros, cuando la madre, que era muy buena creyente, pero estaba traspasada por las flechas de los más amargos dolores, exclamó, sollozando:

—No, no es posible que el buen Dios sepa que ha muerto este angelito mío... ¡Oh, Dios mío, si tú, infinitamente bueno, supieras que han matado a mi hijo más pequeño, fulminarías con tus rayos la Tierra, porque tú no quieres, no puedes querer el dolor de una madre!...

Y se repetía, una y otra vez, esta cantinela:

—Dios no ha querido quitarme a mi hijo

— se decía desconsolada, — sus malos servidores me lo han arrebatado de los brazos.

Pensamientos malos cruzaban por su mente, el hombre muere, — decía, — y sus huesos se convierten en polvo, en nada.

No creía que el alma de su niño bueno había volado al cielo. Pensaba en cosas tristes, desesperada, impotente para salvarlo.

Sus ojos estaban secos de tanto llorar. Se fijaban en las personas y no las veían.

En fin, aquel día, lloró tanto, clamó con tan agudos acentos de pena, mostró tanta desesperación ante la sola idea de que le arrebataran a su hijito los hombres negros, que el padre, por consejo del médico, ordenó que el entierro se aplazara por unas horas, hasta que la infeliz madre estuviera un poco más calmada.

No miraba a sus niñitas que se acercaban para consolarla. No oía los sollozos de su esposo. El dolor la había dejado insensible, indiferente a todo. Solo pensaba en su niño, le parecía oírlo reír y palmotear, como cuando estaba sanito. Pensando en su hijo se quedó dormida.

Sólo entonces pudieron sacar el ataúd de la habitación y clavar la tapa. Querían evitar un nuevo dolor a la desdichada madre.

Al despertar, quiso ver el cadáver de su hijo; el esposo le respondió que ya habían cerrado el féretro. La madre exhaló un quejido.

—Nadie tiene piedad de mí, ni Dios, ni los hombres, — decía, llorando amargamente.

Se verificó el entierro, el cuerpecito tierno, encerrado en el ataúd, fué guardado en la tumba.

La madre se quedó en la casa junto a las niñitas, más triste y desesperada que nunca. Ya nada le importaba, estaba enloquecida, no pensaba en nadie, se paseaba por la casa como una persona ajena, que no conoce el lugar donde se encuentran las cosas.

*Todos querían consolarla pero no sabían qué decirle, también ellos sufrían mucho.*

Pasaban los días y las noches despiertos, siempre pensando en lo mismo.

—¡Ah! Si la pobre madre pudiese descansar; unas horas de sueño le harían tanto bien, — pensaba el desventurado esposo.

Entre todos trataron de acóstarla, debía descansar un rato, después de haber pasado tantas noches sin dormir.

Ella quedó tendida sobre la cama, inmóvil, siempre pensando en su idolatrado hijo.

Y así se sucedían los días, cada vez más tristes.

Una noche, el esposo, viendo a la madre recostada con los ojos cerrados, la creyó dormida. Contento, ya que su esposa por fin descansaría un rato, agradeció a Dios este poco de calma que le enviaba y fué a acostarse él también, pues ya no tenía fuerzas para mantenerse en pié.

Pero la esposa no dormía, estaba pensando una vez más en su adorado hijo, ajena a todo lo que la rodeaba.



PENSANDO EN SU HIJO SE QUEDO DORMIDA

Una idea germinaba en su mente; iría a visitar a su niño al Cementerio; no podía dejarlo solo.

Se vistió rápidamente y salió de la casa sin hacer ruido. Cruzó el jardín y se encontró en el campo; se encaminó directamente hacia el cementerio. El camino estaba desolado; la pobre madre no lo notaba siquiera, ella solo deseaba llegar lo más pronto posible.

Caminaba indiferente a la infinita dulzura de la noche, fijas sus miradas sólo en una larga y espesa sombra, que se elevaba a lo lejos, como una plegaria de silencio y de luto: el ciprés que presidía la entrada del camposanto...

Era una noche deliciosa de fines de verano. El Cementerio estaba iluminado, por las brillantes estrellas que poblaban el cielo.

La madre llegó hasta la tumba donde descansaba su hijo. Estaba cubierta de perfumadas flores. Se arrodilló y hundió la cabeza en la tierra, ansiosa de verlo.

Y ocurrió entonces algo inesperado. Se le apareció el hijito muerto, con su sonrisa de ángel y sus ojitos dulces, le tomó la manecita y estaba dura y fría, como cuando lo colocaron en el ataúd. Inclineda sobre la tumba del niño lloraba amargamente. Así también se había inclinado sobre la cuna de su hijo, cuando estaba enfermo, espiando sus movimientos, tragando las lágrimas que ahora brotaban a raudales de sus cansados ojos.

En eso oyó una voz que le dijo:

—¿Quieres estar junto a tu hijo?

Se levantó asustada y se encontró frente a un ser misterioso, vestido con un manto negro y que tenía la cabeza cubierta con una capucha. El rostro del desconocido, aunque era severo, le inspiró confianza.

—Sí — le repuso anhelante, — llévame contigo.

Y se irguió, rápida, como sonámbula, transfigurada por una extraña esperanza. ¿Qué si deseaba volver a ver al hijo de sus entrañas? ¡No tenía otra ilusión! ¡Verlo, tenerlo de nuevo, para siempre, acunado en su regazo maternal, como cuando era un recién nacido!... Temblando, no de miedo, sino de gozo incontenible, se acercó al misterioso guía...

El hombre desconocido le dijo que él era la Muerte; la madre lo siguió; la Muerte la envolvió en su manto y se hundió con ella bajo tierra. Estaba todo oscuro; de pronto, se cayó el manto y se encontró en un salón imponente, iluminado con reflejos de colores raros. En seguida se le apareció su hijo, lo abrazó con ternura, lo besó y lo miró. El niño estaba divino, resplandeciente de hermosura. Dió un grito de alegría que no repitió el eco, pues se hallaba bajo tierra.

En la sala grandiosa, se oía una música muy dulce, que parecía venir de lejos, atravesando el tupido velo que había entre ellos y el cielo. Era

una música muy suave, que calmaba el dolor.

Ella no había oído nunca una música tan delicada, tan verdaderamente celestial. A sus maravillosos sonidos, el alma sentíase transportada a un mundo mejor, a un lugar de inefables delicias, donde todo era bueno, donde todo dolor, por grande que fuese, desaparecía para dejar lugar a una placidez espiritual, como ella jamás la había sentido. Era como la mano fresca que se posa sobre una frente calenturienta, como el vaso de agua aplicado a unos labios abrasados por la sed, como el beso de una madre a un hijo...

Y aquellos sonos tan divinos, parecían surgir de detrás de un espeso y tupido velo, que separaba la sala donde ellos se encontraban, y el espacio profundo e infinito.

El niño llamaba a su madre con su vocécita deliciosa y ella lo cubría de besos, contenta de tenerlo entre sus brazos como antes.

El niño, en tanto, señalando el tupido velo que formaba la tierra, debajo de la cual, estaba con su madre, le decía: —¿Ves? del otro lado de este velo, lejos de la tierra, hay un mundo muy hermoso, allí vivo feliz junto a mis divinos hermanitos los angelitos.

—Allí no hay penas, madre mía, — continuaba el niño-angel. — ¡Allí somos felices, infinitamente felices!... ¡Si tú supieras!... ¡Si me fuera permitido revelarte los misterios celestiales!... ¿Oyes esta música maravillosa, a cuyo solo soni-



SE ENCAMINO DIRECTAMENTE AL CEMENTERIO

do se han calmado tus dolores instantáneamente? ¡Pues no es nada comparada con las mil dichas y bienaventuranzas que gozamos los moradores del Cielo!... ¡Oh, madre queridísima, por eso mi única ilusión es que pronto vengáis a reuniros conmigo a este lugar, donde seréis eternamente felices!...

La madre entristecida, viendo que el niño deseaba irse, sollozaba:

—No llores, — le repuso éste, — que pronto nos veremos en ese mundo maravilloso, donde se es feliz siempre.

—Pero, madre mía, para que puedas venir a reunirme conmigo, es preciso que tengas conformidad con la voluntad del Supremo Hacedor. Que seques tus lágrimas, que me recuerdes con cariño, naturalmente, pero con alegría, no olvidando que los que morimos pequeños, somos los elegidos de Nuestro Señor, que nos libra de sufrir los peligros y amarguras que se sufren en el mundo, con razón llamado: "Valle de lágrimas"...

La madre lo estrechó contra su corazón por última vez. De pronto, sobre la tierra se oyó un grito doloroso. El niño, reconoció la voz de su padre y le pidió a su madre que no lo olvidara.

Luego se oyeron muchas voces y sollozos infantiles; el niño reconoció las voces de sus hermanitas queridas y le pidió a su madre que no las olvidara.

—Madre mía, queridísima: Yo te ruego, por

todo el amor que me has tenido y por todos los dolores que has sufrido al perderme, que pienses en mis pobres hermanitas. Tú bien sabes lo buenas que son y lo merecedoras de tu cariño y de tus cuidados. Yo sé que tú ahora las tienes por completo olvidadas, que no las tratas con el cariño y la atención que debe otorgarles una madre amante. Y esto me destroza el corazón al pensarlo. Ya sabes cuánto quiero a mis hermanitas y lo que ellas han llorado por mí. Pues bien, madre amada, si tú las olvidas a causa de mi muerte, esta idea me torturará y me amargaré la perfecta felicidad de que yo gozo en el Cielo. Y tú no puedes querer eso, ¿verdad, mamita querida?...

La madre recordó después de tanto tiempo, a los seres que había olvidado, trastornada por la pérdida de su hijo.

Y comenzó a derramar lágrimas. Pero esta vez eran lágrimas puras, sin rencores ni desesperanzas. Lágrimas benditas, provocadas por el recuerdo de sus pobrecitas hijas, que sufrían un olvido injusto por su parte. Y pensó también en su esposo, tan bueno y tan comprensivo. Comprendió que él también sufría muchísimo por la muerte del niño; pero sin embargo se sobreponía a su propio dolor para cuidarla a ella y procurar calmarla. Y se dió cuenta que ella era la única egoísta, que, encerrada en su pena no se preocupaba de los demás, que tanto la querían y tan dignos eran de su cariño y de sus cuidados y atenciones.

Miró hacia lo alto y vió desfilar muchas personas a quienes conociera en la tierra, pero no vió a los suyos; sus gritos y suspiros venían de otra parte, venían de la tierra, del lado de la tumba de su hijo. En eso el niño oyó las campanas celestiales, que anunciaban la salida del Sol y se lo dijo a su madre.

Ya habían pasado muchas horas desde el momento en que la madre dejara el lecho y se hundiera en la tierra, para abrazar a su hijo.

Entonces el niño-ángel besó a su madre tiernamente, con una suavidad y un amor como nunca la había besado. Fué un beso delicioso, como el perfume de una flor celestial, como el susurro de la brisa, como el trinar de un pájaro, como una música maravillosa. Aquel beso purísimo y angelical, fué la mejor gota de bálsamo para el lacerado corazón de la desgraciada madre, que se sintió tan feliz como nunca lo había sido. Al recibir el beso del niño-ángel la madre se sintió tan transportada por la felicidad, que cerró los ojos suavemente — los ojos de los que hacía tanto tiempo había huído el sueño — y quedó adormecida y soñando con visiones de celestial belleza.

A la madrugada un rayo de Sol la hirió. Abrió los ojos pero no vió al niño; sólo sintió que la transportaban a la tierra. El frío del amanecer despejó su mente; miró a su alrededor; estaba en el cementerio, sobre la tumba de su hijo.

Todo había sido un sueño maravilloso. Dios

había querido darle un poco de tranquilidad. Le hizo comprender que su hijo vivía feliz en el reino de los bienaventurados. Su hijo no estaba solo. Comprendió que debía velar por la salud y felicidad de los que quedaban en la tierra.

Su esposo y sus hijitas vivían afligidos por la muerte del niño.

Ella prometió que nunca más se quejaría de Dios, sino que, por el contrario, le estaría siempre agradecida, por lo feliz que hacía a su hijo.

Se arrepintió de haberse querido quedar con el alma del niño y de haber olvidado a los suyos, que tanto necesitaban de sus cuidados.

Salió del cementerio recomfortada, y como si hubiese dejado allí el infinito dolor que lacerara su corazón de madre.

El agradable fresco de la madrugada oreaba su frente y un gran bienestar la invadía, en sustitución de las penas pasadas.

La Naturaleza, parecía elevar un himno a la Vida, a esa Vida que ella agobiada por el dolor había aborrecido tanto.

Avanzaba el día, el sol ya había aparecido en el horizonte, se oían los cantos de los pajaritos, las campanas de la iglesia, anunciaban la misa de la mañana.

Penetró en la iglesia — donde no había vuelto a ir, aturdida por la desesperación que le produjo la muerte del pequeño — y cayendo de hinojos, dejó que las lágrimas resbalasen dulcemente por



¿QUIERES ESTAR JUNTO A TU HIJO?

su rostro. Y entonces elevó al buen Dios su más ferviente plegaria.

—¡Oh, Dios y Señor mío — decía — por tu Pasión y Muerte, por tu milagrosa Resurrección, ten piedad de tu pobre sierva! ¡Perdóname, Señor, perdona a una madre atribulada las faltas que ha cometido! Yo no me resignaba con tus Sagrados Designios. . . Pero de hoy en adelante, te prometo, Dios mío, que acataré tus Sagradas Ordenes, que sólo me dedicaré a cuidar los seres que tu Bondad me ha confiado, para que me acompañen y me llenen de alegría. Y en el cumplimiento de mis obligaciones pasaré mi vida, hasta que Tú ¡oh, Dios de Infinita Misericordia! — te dignes llamarme a tu lado.

Cuando terminó su oración, ya confortada completamente, por este acto de sumisión y de humildad, la madre salió de nuevo a la calle. El sol resplandecía y las flores embalsamaban el aire.

La madre en medio de tanta belleza y armonía se sintió reconfortada. Poco a poco, volvería la felicidad a aquella casa entristecida por la ausencia del niño, quien consolaría a todos desde el cielo.

Volvió rápidamente a su casa, todos dormían aún, nadie había notado su ausencia.

Desde entonces fué una esposa y una madre ejemplar; fuerte frente al dolor, consolaba a los suyos, cuando los veía entristecidos; les decía que aceptaran la voluntad de Dios, ya que El les había dado la vida.

Abrazando a su esposo y a sus hijas, les sonreía, dichosa de tenerlos cerca de ella. Como la miraran asombrados, ella les decía:

—Dios me ha enseñado a ser valiente; desde la muerte de mi hijo he sufrido mucho, pero he aprendido a resignarme ante lo inevitable.

Siendo buenos, nobles y valientes en la tierra, nos hacemos merecedores a la felicidad eterna.

FIN



SUJETO A UNA MARIPOSA, ATANDOLA A LA HOJA.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## PULGARCILLA

Había una vez una viuda que quería tener un niño; pero a ella le gustaba tener un niño pequeño, que nunca se hiciese grande para tenerlo siempre a su lado. Así es que fué a ver a una vieja, que era una bruja muy conocida. La viuda le contó lo que quería.

La hechicera, mostrando al sonreír su único diente, que era más bien un colmillo, muy retorcido, le respondió no sin antes hacer unos signos cabalísticos en el aire, como si fuera un conjuro:

Podrás tener fácilmente lo que deseaš. Y le dió un grano de cebada que ella debía enterrar en una maceta con flores. La viuda le dió las gracias, pagándole lo que la bruja pidió. Al llegar a su casa, hizo lo que la bruja le había dicho, y en el acto de enterrar el grano de cebada, salió una flor grande de colores muy bellos. ¡Qué linda era! Mas, oh sorpresa, en los lindos pétalos, descansaba una niña muy bonita y muy chiquitita. Como era tan chiquitita la llamó Pulgarcilla. La pequeña dormía en una cáscara de nuez y jugaba sobre la mesa. La viuda ponía un plato con agua y la niña tomaba un pétalo de la flor como bote y remaba con dos pajuelas. También tenía muy linda voz, y cantaba. Una noche en que como siempre dormía en su cuna que era la cáscara de nuez, un sapo muy feo entró en la habitación por el hueco de un vidrio roto. Al sapo le gustó la linda Pulgarcilla y dijo: la casaré con mi hijo. Y dicho esto tomando a la niña se la llevó al jardín. Allí en un pantano, vivía el sapo con su hijo. El hijo al ver a la niña se alegró muchísimo. Queriendo manifestar su júbilo, comenzó a croar. No grites, le dijo su padre, pues la pequeña podría despertar y escaparse. Vamos a colocarla en una hoja grande de estas que hay aquí. En tanto, nosotros adornaremos nuestra casa en el fondo del pantano para recibirla como se merece por su belleza, y allí celebraremos la boda. Dicho esto, el sapo padre y el sapo hijo se marcharon dejando a la nenita durmiendo sobre una ancha hoja del jardín.

Después de cerciorarse de que la hoja estaba convenientemente sujeta y a bastante distancia de ambas orillas, para que la prisionera no pudiera escaparse, el sapo, tomó de una pata al sapito y padre e hijo se zambulleron en el agua.

Por la mañana muy temprano, despertó la Pulgarcilla, contenta como de costumbre, sin saber nada de lo que pasó.

Pero pronto se dió cuenta de que estaba rodeada de agua por todas partes. Al instante su contento cambió en llanto; era la primera vez que lloraba. Cuando el sapo terminó de adornar su casa, volvió y presentó su hijo a la Pulgarcilla. Le dijo que iba a tener todo lo que quisiese. Ahora vamos a mi palacio.. Y acto seguido quiso llevarla a su palacio. Pero los pececitos del arroyo que habían oído, las palabras del sapo, cortaron el tallo que la retenía de suerte que la hoja quedando libre fué arrastrada por el viento. Pronto se encontró ésta muy lejos llevando como pasajera a la linda Pulgarcilla.

Todos los pájaros la saludaban al pasar con sus alegres cantos. Pulgarcilla sujetó a una mariposa, atándola a la hoja con su cinturón. Así la pequeña embarcación iba más ligera.

Ella estaba muy contenta, pero en eso llegó un pájaro enorme y con sus patas la alzó por la cintura y se la llevó a lo alto de un árbol, donde la dejó. Pulgarcilla tenía mucho miedo al verse en la copa del árbol, pero olvidó su miedo para pensar en la pobre mariposa que se iba a morir de hambre,

pues no podría tomar alimento estando como estaba atada. Se atrevió a pedirle al pájaro que libertase a la pobre mariposa, pero el pájaro no le hizo caso. Luego vinieron otros pájaros que se burlaron de la chiquilla, diciendo que era muy fea. Entonces el mismo pájaro que la había traído volvió a llevarla, y bajando del árbol, la dejó encima de una margarita. Sola en medio del bosque, veía llegar el invierno con sus nieves.

Como los copos la hacían bambolear, buscó abrigo debajo de un montón de hojas secas. Pero esa casita improvisada no era muy resistente, pues las hojas se quebraban.

Entonces, saliendo de debajo de las hojas comenzó a correr a todo lo que daban sus piecitos. Llegó así a un gran campo de trigo, y como era tan chiquitita las espigas pinchándola, le producían mucho daño. De pronto metió el pié en el agujero, que era puerta de la casa de la señora Rata. Su casa tenía siempre comida, así es que la Pulgarcilla se atrevió a pedirle alimento y eso que no le gustaba pedir a nadie. La rata que tenía muy buen corazón, dijo que podía pasar, comer algo y calentarse. Pero a la niña le gustó tanto la rata y a la rata tanto la muestra de buenos modales de la Pulgarcilla, que cuando el animalito le pidió que se quedase en su casa, ella no tardó en aceptar. Pero solo me debes ayudar a limpiar la habitación, y cuando termines deseo que me cuentes algunos cuentos. Y la niña aceptó encan-



Y TOMANDO LA NIÑA SE LA LLEVO AL JARDIN

tada. A los pocos días, la señora Rata trataba a la Pulgarcilla como si fuera su hija.

Cierto día recibieron la visita de un vecino muy rico. Era este el señor Topo. Una vez que terminaron de cenar, la rata pidió a Pulgarcilla que cantase. La niña no se hizo rogar y cantó varias canciones. Una de ellas decía:

Canta la ranita  
Triqui triqui trá  
En la charca dulce  
Canta sin cesar  
Triqui triqui trá.

Al topo le agradó mucho la hermosa voz de la niña si bien no le quiso decir nada pues era serio, tan serio que desde que entró a la casa de la señora Rata, no había sonreído ni una sola vez siquiera. Sin embargo el topo no era nada malo, tan es así que invitó a la rata y a la niña a que visitasen su palacio lleno de corredores.

Ellas aceptaron encantadas. Pero antes de marchar dijo el topo que no tuviesen miedo de un pájaro que había en la puerta de su palacio, pues estaba muerto. Se había muerto de frío. El topo caminaba delante llevando un trozo de madera podrida que hacía las veces de linterna. Y por cierto que los corredores eran muy largos y oscuros.

Cuando la Pulgarcilla vió al pájaro muerto, que era una golondrina, tuvo mucha lástima y pensó

que si no hiciese frío, ese pajarillo estaría volando alegremente. En cambio el topo dijo en voz alta: ¡Que desgraciados son los pájaros! En el verano van muy orgullosos y hacen mucho ruido; peor es el invierno. En cuanto hace un poco de frío, se quedan helados de tanto temblar, si antes no se mueren de hambre.

Tenéis razón, dijo entonces la rata. Nunca juntan provisiones para el invierno. Pasan todo el verano cantando y dando paseos.

Pero a pesar de todo lo que decían, la Pulgarcilla besó a la infeliz golondrina, pues se acordaba de como la habían acompañado con sus trinos al viajar ella en la hoja.

Después que anduvieron por todos los corredores, el topo acompañó a la señora y a la niña a su casa y el quedó en la suya. Había realizado un bonito paseo.

Toda la noche la niña pensaba en la pobre golondrina. Al fin, no pudiendo cerrar los ojos se levantó y juntando muchas flores, tapó con ellas el cuerpo del pajarito. ¿Qué pasó entonces? La golondrina empezó a moverse como si esperara las flores para volver a vivir. En verdad que lo que pasaba era lo siguiente: el pájaro sólo había estado desmayado por sentir hambre y frío; el perfume de las flores hizo que se despertase. ¡Qué alegría que sintió la Pulgarcilla! Al ver que el pajarito vivía, el corazón le bailó de contento.

Lo primero que hizo, fué envolver con más flores el cuerpo de la golondrina. Luego, acor-

dándose que la hoja de menta era muy buena, pues cuando estaba enferma la había curado, trajo una y la puso sobre la cabeza del pájaro. Después volvió a su casa, pero a la rata no le dijo nada de lo que había visto y hecho por temor a que la rata la riñese.

A la noche siguiente fué a visitar nuevamente a la enferma. La encontró mejor, aunque estaba muy débil. Tenía los ojos abiertos y miraba a la Pulgarcilla con ternura, agradeciéndole todo lo que por ella había la niña realizado. Parecía decirle: Te debo la buena suerte de encontrarme buena de nuevo. Pronto podré volar nuevamente, pues siento que me vuelven las fuerzas. ¡Cuántas gracias debo darte!

Todavía no debes levantarte, dijo la niña, pues afuera cae mucha nieve. Aquí en la cama sientes calor. Además yo tendré cuidado de tí. Y le dió de comer algunos insectos y beber agua en el fondo de una campanilla. La golondrina, una vez que hubo satisfecho su apetito y calmado su sed, le contó su historia.

Ella iba con sus compañeras, hacia otros lugares donde no hiciese frío, pero al pasar encima de una zarza se desgarró el ala, y sus compañeras que no se dieron cuenta, la dejaron solita y herida. El frío hizo lo demás. Se desmayó y así hubiese quedado de no llegar la ayuda tan a tiempo de la niñita.

El pajarito enfermo no sanó tan pronto como la Pulgarcilla había creído que iba a sanar. Amo-



SUJETO A UNA MARIPOSA ATANDOLA A LA HOJA

rosamente, con el cariño de una hermana, la pequeña siguió cuidando a la enferma durante todo el invierno. Y a todo esto, ni la rata ni el vecino topo sabían nada de lo que pasaba. La Pulgarcilla no se los había dicho al ver el odio que tenían por los pájaros. A lo mejor, si ella contaba algo, harían daño al pobre pájaro.

Llegó la primavera y la golondrina que ya estaba curada del todo, pidió a la niña que la dejase partir en busca de sus compañeras. La niña se puso muy triste, pero el pajarillo le dijo que su deseo más grande era de que la salvadora fuese con ella. Si quieres, le dijo, súbete en mis alas y yo te llevaré hacia el bosque.

Pero la niña no podía abandonar a la bondadosa rata que tantos favores le había hecho, así que contestó que no podía, aunque con mucho pesar, pues se había encariñado con el ave. Entonces, adiós tierna y encantadora niña dijo la golondrina y se echó a volar. La Pulgarcilla contemplóla con lágrimas en los ojos y la oyó cantar alegremente al ver el sol, antes de que se perdiese totalmente de vista.

Aumentó su tristeza la grave falta; sobre la ratonera habían sembrado trigo y no se podía salir, a riesgo de pincharse.

Pero he aquí que pasó algo que la golondrina no le había dejado de decir cuando pasaba las tardes conversando.

Vas a ver, le decía la enferma, que ese anti-pático topo es capaz de pedirle tu mano a la rata.

Y así sucedió. Lo que era la rata, estaba muy contenta y le decía a la niña que tenía la suerte de casarse con un personaje muy distinguido como era el señor Topo. Por otra parte le envió cuatro tejedoras arañas que día y noche tejían las telas hermosas para el ajuar de la futura esposa.

Entretanto el topo venía a visitarla cada día; se daba mucho corte y se pasaba el día hablando, él que por lo general era tan serio. El decía también que debido al mucho calor que hacía, la boda se haría para el verano en caso de que hiciese por casualidad un día fresco, pero que de no ser así, se casarían en invierno.

Pero no crean ustedes que la niña estaba contenta porque se iba a casar con el topo. Por el contrario, ella le odiaba. Pasaba los días encerrada, y solo gozaba al ver el Sol cuando el viento movía las espigas. De lo contrario, las espigas lo tapaban todo.

La Pulgarcilla deseaba que volviese su amiguita golondrina y se afligía mucho al pensar que el ave podía haberse olvidado de ella.

Por fin, un día de otoño, la rata le dijo que la boda se celebraría dentro de cuatro semanas, pues faltaba muy poca cosa por terminar, y las arañas habían terminado ya, todos los tejidos. La niña al oír esta fea noticia, rompió a llorar amargamente. Luego le dijo a la rata que no quería unir su vida a la de un topo, que ni siquiera había visto el Sol.

Al oír las quejas de Pulgarcilla, la rata se eno-

jó muchísimo, y hasta amenazó a la infeliz niña con darle un buen mordisco si seguía protestando.

¿Dónde se ha visto, le decía, que se odie a un señor como es el señor Topo? Debes dar gracias a Dios que te ha dispuesto tal esposo. ¿No sabes acaso, que tiene sus graneros y su despensa repletos siempre de víveres?

Y así, entre estas discusiones de la señora rata con Pulgarcilla, llegó el día de la boda que tanto no quería la niña.

El topo llegó muy temprano para llevarse a la niña a su palacio subterráneo.

Ya nunca más vería el bello Sol y tendría que estar siempre con el que no podía ver ni pintado. El solo oír nombrar al topo la llenaba de horror. La pobre Pulgarcilla llamando a la rata aparte, le pidió que la dejase salir a ver el sol que vería por última vez.

Anda y vuelve en seguida, le dijo la rata.

La niña atravesó el corredor y caminó algunos pasos por el campo; ahora ya habían segado el trigo, pudiéndose divisar entonces, todo el valle.

Con una gran pena en el corazón despidióse de todo el campo, dijo adiós a toda la naturaleza; al sol, a los árboles; abrazó a las flores, y ya se disponía a marcharse para siempre a la cueva del topo cuando oyó un canto que le era muy conocido. Era la golondrina. La niña comenzó a contarle todo lo que le pasaba; le dijo como querían casarla con un topo muy feo, y que no podría

ver más la hermosa luz del día. Al decir esto, las lágrimas resbalaban por su preciosa carita.

Pues bien, le dijo la golondrina; tú te vienes conmigo. Yo voy con mis compañeras a unos países en donde siempre brilla el Sol; en donde nunca hace frío, y en donde las flores son tantas que cubren por completo todo el campo. Me sentiré muy feliz si puedo pagarte los favores que te debo; ven, que así te verás libre para siempre del odioso topo.

La niñita no vaciló; dijo que sí, y en seguida subió sobre la golondrina y se ató a una de las alas del pájaro con su cinturón. Entonces el ave se lanzó rápidamente por encima de los bosques, y subiendo mucho atravesó grandes montañas cubiertas de nieve. La Pulgarcilla tenía frío, pero se escondía entre las tibias alas del pájaro, aunque no podía dejar de sacar la cabeza para contemplar los bellos paisajes que atravesaban en viaje. De vez en cuando pasaban a su alrededor grandes mariposas de coloreadas alas; y otros pájaros que se atrevían a volar tan alto como volaba la golondrina. Veía grandes copas de árboles, y sobre todo le gustaba admirar el lindo cielo azul, que le rodeaba en su vuelo.

Y la golondrina seguía volando, y cada vez eran más bellos los paisajes que podía ver la Pulgarcilla.

Por fin llegaron a un gran lago azul, rodeado de árboles magníficos, y a cuyas orillas se levantan



SUBIO SOBRE LA GOLONDRINA

taba un palacio de mármol, adornado con grandes columnas que a su vez estaban rodeadas de hiedras y enredaderas. En las cornisas había muchos nidos de golondrinas, a los cuales se dirigía nuestra avecilla.

Aquí está, dijo a la niña, mi casa; pero temo de que para tí no sea demasiado bella. Allí abajo hay flores bellísimas; puedes elegir la que más te agrade.

¡Qué lindo! dijo la niña, palmoteando de alegría. Eligió una flor y entonces la golondrina la depositó sobre los pétalos. Cuál no sería su asombro al ver en la flor a un jovencito, y lo que era más asombroso, que tenía la misma altura de ella. Su cuerpo era luminoso y transparente, tenía dos alas de distintos colores y era rey. Tenía muchos súbditos.

A la niña le gustó mucho el reyezuelo, que estaba muy asustado, porque el pájaro al lado de él era un gigante, pero se recobró al ver a la bella Pulgarcilla.

Tanto le gustó la pequeña, que tomando su corona, la colocó en la cabeza de Pulgarcilla, y le preguntó si ella lo quería por esposo, y si quería ser reina de las flores, como él era el rey.

¡Este jovencito sí que era lindo!... ¿Qué debía parecer el topo a su lado?

La Pulgarcilla sin dudar le contestó que sí. De todas las flores salieron muchos señoritos y señoritas, trayendo cada uno regalos para su nueva

reina. Pero el que más le gustó, fué un par de alas brillantes. La nueva reina se las puso y desde entonces pudo volar graciosamente. Las fiestas de las bodas duraron muchos meses.

La golondrina, que siempre intervenía gustosa en estos festejos, se despidió al fin de todos, al llegar la primavera, pues debía volver a los países del Norte. Así lo hizo, despidiéndose con bastante pena de su querida Pulgarcilla, a quien todos los años hacía una visita en prueba de su amistad perdurable.

— FIN —



## EL AVARO D. RODRIGO

Esta historia que vais a leer, me la contó el viento. Tal como él me la relató, así la cuento yo.

Sí, no os riáis, creedme. El viento canta y cuenta alternativamente y suspira y ruje según le oigamos deslizarse entre las ramas de los árboles, o susurrar palabras misteriosas al oído de la fuente escondida, o bramar en su furiosa lucha con las olas del mar. ¿No le habéis oído también, a la media noche, golpear los ventanales de las casas vacías, o pasar como un duende, por las altas torres de los campanarios?... ¿Le

habéis oído silbar por entre las rendijas de las puertas, imitando el sonido de una bocina?... ¡Escuchadle ahora susurrar por la chimenea, como si viniera a contaros una leyenda antigua, de las mil y una historia que el viento sabe! Yo escuché atentamente una de estas canciones y conocí la historia de Don Rodrigo.

### Lo que me contó el viento

Conozco un viejo castillo hecho de piedra, que está situado a la orilla de un río grande y profundo, llamado Danubio. Hace mucho tiempo, vivía en ese castillo un gran señor llamado Don Rodrigo, con su esposa y sus tres hijas. Descendían de familia de reyes, y eran muy ricos. Tenían tanto dinero que nadie sabía cuánto.

¡Qué altivo porte señorial el del caballero don Rodrigo! Con solo mirarle una vez, se comprendía bien que el noble señor había nacido para algo más que para beber ricos vinos del Rhin en sus doradas copas o para dar caza, seguido de su fiel jauría a los tiernos cervatillos de sus parques. “¡Será! ¡Quiero! ¡Lo tendré! ¡Triunfaré!” — eran sus expresiones favoritas en cualquier trance de su existencia, habituada al mando, al dominio, a lograr cuanto deseaba. Don Rodrigo era, sobre todo, un hombre lleno de arrogante confianza en sí mismo.

Los salones del castillo estaban hechos con maderas y mármoles finísimos. De las paredes col-

gaban cortinas de terciopelo traídas de la India, y los muebles eran de oro y marfil. La señora de Don Rodrigo paseaba por los salones del castillo, vestida con trajes espléndidos. Llevaba brillantes, diamantes, záfiro y toda clase de valiosas alhajas.

En su mesa, nunca faltaban los mejores vinos y manjares riquísimos. En sus caballerizas, tenían lindos caballos árabes. ¡Qué lujoso era el castillo de Don Rodrigo!

El dueño de todas esas riquezas, tenía tres hijas llamadas: Delia, Constancia y María, que saltaban y jugaban en el parque del castillo, sin hacer nada en todo el día. La madre de las niñas tampoco trabajaba y cantaba el día entero, sin ocuparse de otra cosa. ¡Cuántas veces la he visto recostada en unos almohadones, cantando hermosas canciones! En esa casa, todos pensaban solamente en divertirse. Siempre hacían fiestas, y venían hombres y mujeres lujosamente vestidos, que bailaban, cantaban y se divertían toda la noche.

Un día, yo soplabla de Este a Oeste y llegué hasta las riberas del Danubio. Allí estaban anclados varios buques, y me entretuve en estrellarlos contra las piedras de la costa. Se hundieron, y murió mucha gente. Después de este esfuerzo quedé un poco fatigado, y fuí a descansar en un campito cercano al castillo de Don Rodrigo. Ví a unos mozos recogiendo pedazos de leña seca.

Los llevaban a una plaza y les prendían fuego; después cantaban y bailaban con las muchachas del pueblo. Yo soplé sobre el montón de leña de un joven muy simpático. En seguida, se levantaron grandes llamas de la hoguera de ese muchacho. Las muchachas lo aplaudieron, porque el fuego de él, ardía más que el de los otros. Como premio, le permitieron que eligiera esposa entre todas las mozas.

El mozo eligió la muchacha más linda, se casó con ella y fueron muy felices.

Mientras tanto, los demás campesinos seguían bailando y cantando, alrededor de las fogatas que habían encendido. Cuando la fiesta estaba en lo mejor, apareció una carroza dorada, tirada por ocho caballos renegridos. En ella venían la señora de Don Rodrigo y sus tres hijas. Los campesinos, al ver el coche, dejaron sus juegos y saludaron a sus señores, con mucho respeto. La señora, que era muy orgullosa, no contestó ninguno de los saludos. Todos le tenían antipatía, porque, con esas cosas, no se hacía querer de nadie.

Cuando el coche de los nobles se alejó, los campesinos continuaron bailando y cantando alrededor del fuego.

Ese mismo día, la altiva señora cayó enferma y a medianoche murió.

Don Rodrigo estuvo mucho tiempo triste, llorando la muerte de su esposa. También lloraron



UN VIEJO CASTILLO DE PIEDRA

las muchachas del pueblo, pero muchos campesinos y los sirvientes del castillo, no sintieron pena por la muerte de la orgullosa señora, porque había sido mala con ellos.

Pasó el tiempo y llegó la Primavera, que es la estación más hermosa del año. El bosque se llenó de flores de mil colores distintos. Las aves empollaban sus huevos, y cuidaban a sus pichones recién salidos del cascarón.

Una tarde, observé que todos los pájaros echaron a volar asustados. La causa del miedo de las aves eran unos leñadores que, por orden de Don Rodrigo, cortaban todos los árboles del bosque.

El poderoso caballero, iba a hacer construir un gran barco de guerra para vendérselo al rey. Quería ganar más dinero, todavía. ¡Cómo si no tuviera ya bastante! ¿No sabía acaso que los árboles servían de abrigo a los pájaros? Además, el bosque era una señal para los barcos que navegaban cerca de la ribera que los salvaba de estrellarse contra las piedras de la orilla.

Los primeros en huir, fueron los buhos y las lechuzas, luego las garzas, los cuervos, las cigüeñas y el resto de las aves. ¡Pobres animalitos! Después de haber vivido durante tantos años en ese bosque, tenían que irse para siempre. Antes de partir, lanzaron gritos de furor contra el causante de su desgracia. Yo entiendo el lenguaje de las aves. Por eso sé que dijeron: — “Maldito sea el que destruye nuestras casas! ¡Maldito sea!”

Don Rodrigo y sus tres hijas, estaban en el bosque contemplando el trabajo de los leñadores. El dueño del bosque, se reía de los gritos y quejidos de las pobres aves.

Delia, la más pequeña de las tres, se compadeció de los pobres animales. Sintió lástima por un nido de cigüeñas, que estaba en un árbol viejo y seco. Cuando los leñadores lo iban a cortar, los pichoncitos asomaron sus cabecitas, temblando de terror. Delia rogó a su padre que no cortaran ese árbol y, de esa manera, salvó la vida a las cigüeñas.

Después de cortar los árboles, empezaron a construir los barcos. Un constructor dirigía y vigilaba los trabajos. Era un hombre joven y parecía inteligente. María, la mayor de las hijas de Don Rodrigo, simpatizaba mucho con él. El constructor quería casarse con María, por el dinero del padre. Pero la familia de la joven, no quiso aceptarlo. Don Rodrigo quería que sus hijas se casaran con nobles, no con gente humilde.

Cuando concluyó su trabajo, el joven constructor se fué, dejando muy triste a María, que lloró una semana por él.

Una vez que el barco estuvo terminado, el rey envió a su ministro de marina, para que lo examinara. El enviado del rey, observó el buque atentamente y dijo que le parecía bien. Pero, ocurrió que el ministro vió los hermosos caballos de Don Rodrigo, y hubiera querido que le regalara algunos. Como no lo dijo directamente, Don Rodrigo

no se dió cuenta y no se los ofreció. El resultado fué, que el ministro se enojó y convenció al rey de que no comprara el barco. El buque era muy grande y nadie lo quiso comprar.

Cuando llegó el invierno, ví al barco abandonado sobre la arena. Estaba lleno de cuervos, que se quejaban porque el bosque había sido destruído inútilmente. Decían que, al cortar los árboles, muchos pichones habían muerto. Todo para hacer ese barco grande e inútil.

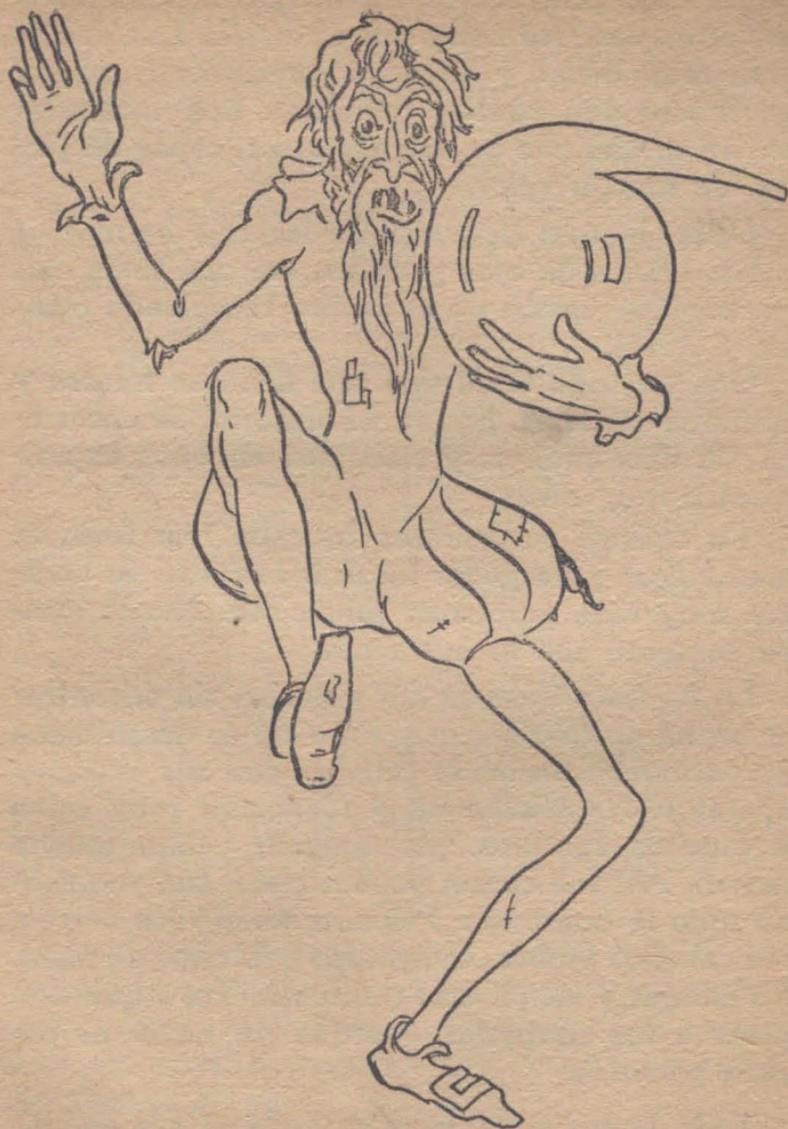
Yo creo que tenían mucha razón los cuervos.

Ese invierno hizo mucho frío; la nieve cubría totalmente el campo. Soplé y el barco se cubrió de nieve. Seguí soplando con tanta fuerza, que el buque temblaba como si estuviera en el mar, cuando hay tempestad.

Pasó el Invierno y vino la Primavera, y después el Verano.

Fuí a soplar al castillo de Don Rodrigo y encontré a María pensativa y triste. Me dí cuenta que seguía pensando en el joven constructor. Su hermana Constanca había crecido mucho. Era hermosa, elegante, pero se parecía mucho a su madre.

A María le agradaba estar entre las flores. Constanca, por el contrario, gustaba pasear por las salas del castillo. Siempre se la veía en la sala de honor. Esta habitación era muy grande y en las paredes estaban los retratos de la familia. Abuelos, bisabuelos y tatarabuelos de Don Ro-



D. RODRIGO SALTABA DE ALEGRIA

drigo. Esas pinturas representaban a hombres y mujeres, vestidos como los antiguos. Las damas eran muy bellas y llevaban preciosos vestidos, adornados con piedras preciosas. Los caballeros tenían armaduras de acero y otros, capas de pieles, de mucho valor.

Delia, la más pequeña de las tres hermanas, rubia, blanca de ojos grandes, era una linda chica. Siempre estaba en el jardín, recogiendo plantas y flores.

Don Rodrigo tenía una sala llena de frascos y aparatos extraños. Era su laboratorio. Se encerraba allí días enteros, y trabajaba en unos experimentos muy raros.

Yo adiviné su secreto: buscaba una fórmula maravillosa para poder fabricar oro. Era un hombre muy rico, pero muy ambicioso. Nunca estaba contento con lo que tenía.

Lo he visto trabajar día y noche, sin encontrar la forma de fabricar oro. Pero no se desanimaba y continuaba haciendo pruebas con sus extraños aparatos. Necesitaba unas sustancias muy caras y muchos aparatos que también valían mucho dinero. Así fué como, poco a poco, fué vendiendo todo lo que tenía. Primero vendió los hermosos caballos árabes. Luego, los cubiertos de plata, las alhajas y las piedras preciosas. Tuvo que despedir a los sirvientes, porque no tenía dinero para pagarles.

Todo le era poco, para gastarlo en sus experi-

mentos. Y por más que trabajaba sin cesar y hacía toda clase de combinaciones, no descubría la fórmula para fabricar el oro. Cada día estaba más encorvado y más envejecido. Se consumía en el laboratorio, inclinado sobre sus frascos.

Me daba pena soplar en el castillo: cada día estaba más vacío. Llegaría un momento en que no tendría qué vender.

Las paredes del castillo se caían a pedazos, sin que nadie las compusiera. No había un sirviente en toda la casa. Todo estaba sucio, feo y descuidado. Pero Don Rodrigo, no se daba cuenta de nada. Sólo pensaba en descubrir la forma de hacer el oro, en su laboratorio. Sus cabellos y su barba se pusieron blancos como la nieve, su espalda se encorvó y sus ojos casi no veían, pero él seguía trabajando día y noche, sin descanso.

Cuando no tuvo más qué vender, empezó a pedir dinero prestado, llenándose de deudas.

Sus hijas no tenían ya vestidos nuevos. Siempre usaban los mismos, que de tanto ponérselos estaban cada día más viejos y llenos de remiendos. Daba lástima verlas tan miserablemente vestidas!

Llegó otro Invierno. Hacía mucho frío, la nieve caía en abundancia. No tenían leña para prender fuego y calentarse al calorcito de la estufa. Las pobres niñas pasaban todo el día en la cama, temblando de frío.

Pero ni el frío, ni el hambre que él también

sentía, hicieron que Don Rodrigo dejara su trabajo imposible de realizar. El seguía siempre trabajando día y noche, noche y día. Pensaba que cuando descubriera la fórmula maravillosa, sería el hombre más rico de la tierra y vería recompensado todos sus sacrificios.

Pasó el Invierno y vino la Primavera. Afuera había un sol espléndido. Todos estaban contentos menos Don Rodrigo y sus hijas. El viejo noble estaba tan flaco y pálido que parecía una sombra.

Un día, ví que Don Rodrigo saltaba de alegría. Levantó en sus manos un recipiente de metal, gritando como un loco: ¡"Oro, oro! Por fin he descubierto la fórmula del oro!"

En seguida, salió corriendo del laboratorio, y se dirigió a las habitaciones de sus hijas. Cuando estuvo con ellas, les dió la noticia de su invento.

Loco de alegría, levantó tan alto la vasija que tenía entre sus manos, que se le cayó al suelo, se rompió, y el contenido se escurrió entre las rendijas del piso. ¡Pobre Don Rodrigo! ¡Qué poco le duró la alegría!

Me fuí del castillo dejando más triste que nunca, al noble y a sus tres hijas. Al año siguiente regresé. Pude observar que la mala suerte de esa familia, había ido en aumento.

Don Cristóbal, un caballero muy poderoso que odiaba a Don Rodrigo, había comprado el castillo.

María y Delia, lloraban sin consuelo. La única que soportaba la desgracia con valor, era Constancia. Aprataba los dientes y se mordía los labios hasta lastimarse, pero no lloraba. Era una mujer valiente.

Don Cristóbal, para humillar más todavía a Don Rodrigo, le ofreció dejarlo vivir en el castillo sus últimos años de vida. Pero el viejo noble no aceptó. Estaba pobre, pero tan orgulloso como siempre. Todo lo había perdido, menos su altivez. Salió del castillo con la cabeza bien alta.

Tanto me admiró su coraje, que de un soplido rompí una rama que le estorbaba el paso. Caminaba tan erguido como un rey. Salieron a pie del castillo, recorriendo el mismo camino que tantas veces habían cruzado en coche. Tan miserable era su aspecto, que quien no los conociera los habría tomado por mendigos.

Caminaron hasta que llegaron a una humilde choza de barro. Allí vivirían para siempre. Entraron en la choza y yo me fuí a soplar en el mar, y hundí varios buques.

Cincuenta años después, regresé al Danubio. Cerca de la choza abandonada, encontré a Delia. Era una viejecita toda encorvada, de cabellos muy blancos.

Por ella supe que María, cansada de pasar hambre y miserias, se casó con un labrador del pueblo. Don Rodrigo sufrió tanto al ver a su hija casada con un hombre de baja condición, que murió de pena.



LOS HABRIA TOMADO POR MENDIGOS

María murió al poco tiempo, de dolor y de vergüenza, arrepentida de haberse unido a un campesino.

Constancia se vistió de hombre y, más valiente que sus hermanas, salió a buscar trabajo. Consiguió embarcarse en un barco alemán, sin que se dieran cuenta de que era mujer. Trabajaba de marinero.

Una noche de tormenta, soplé con fuerza y la tiré al agua. Creo que le hice un favor. La vida de sufrimientos que llevan los hombres de mar, no se había hecho para una dama como ella. Era preferible que muriese.

Delia me contó que se había salvado de la muerte, viviendo en una cabaña casi destruída, que estaba al lado de un nido de cigüeñas. Las mismas que un día ella salvó, cuando Don Rodrigo hizo desaparecer los árboles del bosque. Su buena acción le fué recompensada por Dios, y gracias a ella pudo seguir viviendo.

Una risueña mañana, tan alegre como aquella otra en que Don Rodrigo creyó, en su loca avaricia, haber descubierto el impenetrable misterio del oro, escuché un melodioso acento, dulce y triste. Era la misma canción que yo había oído, hacía muchos años, en el parque del castillo, a orillas del Danubio. La voz que entonaba aquel canto era tierna y acariciante, como el rumor del cañaveral cuando yo jugueteo entre sus verdes hojas... ¡Aquella era la última canción de Delia, quien se diría que, al morir, evocaba toda su vida en las

notas melancólicas del cántico! Delia, como algunos pájaros, exhaló su último suspiro cantando...

Así termina la historia de Don Rodrigo, contada por el viento.

FIN



## BAJO EL SAUCE

Kjoegé es una pequeña ciudad dinamarquesa que se halla junto al mar. La campiña que la rodea es pobre, pero al extremo de la población, junto a un arroyo límpido, se encuentran algunos pequeños jardines que en verano sobre todo, siempre que medie un poco de buena voluntad puede uno creerse en un paraíso.

Así lo consideraban Knoud y Juana, un niño y una niña hijos de dos familias vecinas, los cuales solían ir a jugar a aquel sitio. En uno de esos jardines había un saúco y en el otro un sauce: este último era el árbol favorito de la infantil pareja, porque con sus prolongadas y espesas ramas formaba una especie de glorieta donde los dos muchachos gustaban pasar la mayor parte del día.

Al lado del sauce pasaba un río, el cual hubiera constituido un serio peligro para los muchachos si la Providencia — que siempre vela por los niños — no les hubiera infundido un espíritu prudente y cuidadoso.

Knoud tenía tanto miedo al agua, que, ni aún en el verano, consentía en bañarse en el río. Los demás chicos del pueblo, nadaban y se divertían de lo lindo dentro del agua; pero por más que le decían que se uniese a ellos, no había forma de convencerle. Y por esto los demás se burlaban a menudo de él.

Un día Juana soñó que se embarcaba en un barquichuelo y que andaba paseando por el mar, y que Knoud venía nadando hacia ella para darle alcance. Pero que, como no sabía hacerlo, el agua lo iba cubriendo poco a poco hasta que lo hacía desaparecer en su profundo seno. Desde entonces, siempre que sus amigos se reían de él, Knoud les decía muy serio que él ya había estado en el agua, y si no lo querían creer que se lo preguntaran a Juanita que lo había visto.

Claro, que, a pesar de todo, siguió sin querer entrar en el río con sus compañeros.

Cuando se celebraban las fiestas del lugar todo el pueblo se engalanaba. Las calles principales se llenaban de puestos en los que vendían pitos, globos de colores, hermosas cometas y toda clase de golosinas. Entre los mercaderes que venían a pasar las ferias y a vender sus mercancías en el pueblecillo, había uno que era muy amigo de

los padres del muchacho. Tanto que siempre se hospedaba en su casa. Este viejecillo vendía figuritas de mazapán y muchas veces obsequiaba a los niños con tan exquisito dulce. Pero lo que más les gustaba a los muchachos era que el comerciante se sentase a su lado y les refiriese historias y cuentos, pues sabía muchos y muy lindos.

Un día muy caluroso, el buen viejo sentóse a la sombra del sauce, y mientras descansaba relató a los niños uno de sus cuentos.

.....

• —Tenía en la vidriera de mi negocio — comenzó diciendo — dos figuritas de mazapán: la una era un hombre y llevaba sombrero, la otra una señorita y no lo llevaba. No tenían forma humana más que de un lado, del otro no había que mirarles. El monigote llevaba pegada a su costado izquierdo una almendra amarga, era su corazón: en cuanto a la señorita, era toda ella una masa de miel. Yo los había puesto de muestra en la vidriera y allí estuvieron juntos tanto tiempo que acabaron por amarse: pero sin que el uno ni el otro se atrevieran a declarárselo. No obstante era necesario que se hablasen si querían ver correspondida su ternura y llegar a algún resultado.

—“A él como hombre le toca comenzar” — pensaba ella.

Pero él callaba siempre, temeroso y avergonzado por su timidez.

Así pasaron días y semanas en la vidriera hasta que con el tiempo se secaron. Las ideas de la joven eran cada vez más tiernas, afectuosas y dignas de una señorita bien educada.

—“Ya puedo darme por dichosa — se decía suspirando — de haber podido permanecer tanto tiempo a su lado”.

Y ¡crac! de pronto se agrieta, se parte en dos y muere.

—“Si hubiera comprendido mi amor — exclamó el joven. — ¡Oh! de fijo que habría soportado la existencia”.

La historia de estos dos héroes es breve y aquí se acaba. Tened presentes que no son ellos los únicos que se encuentran en el mismo caso. A otros que no son de mazapán les sucede lo mismo: el amor mudo a nada conduce.

.....

Y diciendo esto el vendedor de figuras de mazapán tomó su cesto y se fué voceando su mercancía.

Pasó el tiempo y Knoud y Juana seguían jugando siempre juntos bajo el sauce y el saúco. Allí la niña solía entonar las más hermosas canciones con una voz vibrante como el sonido de una campana argentina, y Knoud se complacía escuchándola. Las gentes de Kjoegé se paraban con frecuencia para oírla y decíanse entre ellos:

—Esta muchacha tiene una voz deliciosa.

Días de ventura eran aquellos, que no habían de durar mucho. Las dos familias se separaron.



UN VIEJECILLO QUE VENDIA PIEZAS DE MAZAPAN

Murió la madre de Juanita y su padre se fué a la capital llevándola consigo.

Al separarse las dos familias vertieron algunas lágrimas, y en cuanto a los dos niños lloraron y sollozaron prometiendo escribirse por lo menos una vez al año.

---

Transcurrieron los años. Knoud era ya un mozo y Juana una señorita. El trabajaba de oficial zapatero en la pequeña ciudad que lo viera nacer; ella triunfaba cantando en los escenarios de Copenhagüe, la capital del reino.

Sin embargo la distancia que los separaba no era un inconveniente para que se recordaran el uno del otro. Knoud recibía muy a menudo cartas de Juana que leía lleno de gozo, pues albergaba la esperanza de que algún día se casaría con ella.

—Estoy bien seguro, — pensaba, — de que no he de callar mi amor como los dos enamorados de mazapán.

Dispuesto a ello un buen día, con el morral a la espalda tomó el camino de Copenhagüe, ciudad en la que nunca había estado y a donde iba muy bien recomendado a casa de un maestro zapatero que le colocaría con seguridad.

—¡Qué contenta se va a poner Juanita cuando se entere de que voy a vivir de nuevo a su lado! Los domingos como no hay que trabajar, iremos los dos al campo con su papá y allí correremos y jugaremos, recordando los felices días de nues-

tra infancia. En cuanto reunamos algún dinero, compraremos nuestros mueblecitos y nos casaremos. ¡Qué dichosos vamos a ser!... ¡Estoy seguro de ello!...

Y embebido en estos risueños pensamientos que tanta alegría le daban, nuestro buen Knoud llegó a la hermosa capital. Después de mucho ambular y preguntar, encontró la casa que buscaba, que era la de su querida amiga.

El padre de Juana le recibió con muy buen talante:

—¡Qué contenta se pondrá mi niña de volverte a ver! — le dijo.

Y llevó a Knoud a una lujosa habitación en donde estaba Juana esperándole. El joven oficial zapatero la encontró hecha una señorita muy distinta de lo que había imaginado, pero infinitamente más hermosa.

El muchacho quedó bastante cortado al ver el gran lujo de que vivía rodeada su antigua compañera de juegos. Balbuceante, daba vueltas entre sus manos al sombrero, y no sabía qué decirle. ¡Era tanta la emoción que le embargaba! ¡Había soñado durante tantos años con este instante que la misma alegría paralizaba su lengua, llenaba sus ojos de lágrimas y le impedía expresar sus sentimientos!

Juanita pareció asombrada de ver a Knoud, pero solo un momento, pues luego se abrazaron alegremente como cuando eran niños en Kjoegé.

Juana quiso enterarse de todo, y de todo pidió

noticias, de los padres de su amigo, de la comadre saúco y del compadre sauce, como así designaban a los dos árboles en los venturosos tiempos de la infancia.

Knoud, lleno de alegría, le daba pormenores de todo y de todos. Contó lo que había sido de los demás muchachos del pueblo. Los casamientos y bautizos que había habido. Los vecinos que habían muerto. Y las vacas que había de más. Y los borricos que había de menos. Y como habían sido las anteriores cosechas, y, en fin, todos los pequeños incidentes de la vida monótona de un pueblo.

Por su parte, Juana le contó, como oyéndola cantar una distinguida dama de la capital, había aconsejado a su padre que la hiciera estudiar canto; pues la chica tenía una fortuna en la garganta. Animado por tales augurios, el papá la había llevado a casa de grandes maestros. Todos confirmaron la opinión de la señora. Y entonces, Juana comenzó a estudiar. Una vez terminados brillantemente sus exámenes, debutó en la Opera, donde logró un ruidoso éxito. Éxito que fué aumentando en los dos años que llevaba de actuación hasta el punto de que ahora era ella la primera tiple del teatro, ganaba muchísimo dinero y el público la colmaba de aplausos y de flores.

—¿Y no echas de menos los felices tiempos de tu infancia en el pueblo? — preguntó tímidamente el chico.



SENTOSE BAJO EL ARBOL

—¡Oh, no, mi querido amigo! — respondió la bella artista. — Recuerdo aquellos tiempos con cariño y alegría, pero naturalmente, ahora soy mucho más feliz que en nuestro humilde pueblecito.

Esa noche la velada se prolongó. Pero cuando llegó el momento de las despedidas Knoud aún no había dicho a Juanita el amor que sentía por ella.

—En la primera oportunidad que halle, — pensaba al regresar a su casa, — le pediré que sea mi esposa. Es cierto que yo no soy más que un mísero zapatero, pero llegaré a maestro, trabajaré y haré cuánto de mí dependa para llegar a ser algo. Se lo diré. El amor mudo no conduce a nada. Desde niño conozco la historia de las figuritas de mazapán.

El domingo siguiente hizo una nueva visita a sus paisanos, hallándose muy conmovido. Encontró a Juana sola y ella le recibió.

—Me alegro de tu visita — le dijo Juana. — Pensaba enviarte una carta. Pero tuve el presentimiento de que esta tarde ibas a venir y no la escribí. Quería decirte que el próximo viernes salgo para Francia, debo emprender ese viaje si quiero hacer algo de provecho.

Al pobre Knoud le pareció que el mundo se le venía encima. Sintióse el corazón próximo a estallar en mil pedazos, y la pena más grande se reflejó en su semblante.

—¡Qué bueno eres! — dijo Juana.

Entonces Knoud desató su lengua y le confesó que la amaba y quería hacerla su esposa.

Al oírle Juana palideció y contestóle con voz afligida:

—No te hagas desgraciado Knoud, ni me hagas desgraciada a mí. Yo seré siempre respecto a ti como una buena hermana... pero nada más que una hermana. No me puedo casar contigo.

Y como viera que su amigo lloraba, añadió para consolarlo:

—¡Vaya! ¡No seas niño! Ahora y siempre quiero verte bueno y razonable como en los felices tiempos de nuestra infancia, cuando jugábamos bajo el sauce.

Después se separaron, y como Knoud se marchaba sin tender la mano a Juana, ésta le dijo:

—¿Y te irás sin dar la mano a tu hermana, mi antiguo compañero?

Al decir esto sonreía a través de las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Y así se despidieron para siempre.

Desde el día en que Juana se embarcó para Francia, Knoud se hechó a vagar por las calles de Copenhagüe, enfermo de tristeza.

Vino el invierno, se helaron las aguas y la naturaleza se tornó hostil y desagradable; pero al renacer la primavera, cuando el primer buque se hizo a la mar, Knoud sintió el deseo irresistible de hacer un viaje largo, muy largo, hasta más allá de Francia. Preparó su saco y se marchó le-

jos, muy lejos, atravesando toda la Alemania, de pueblo en pueblo, sin hacer alto ni detenerse en punto alguno; y cuando llegaba a alguna región en donde los sauces y los saúcos crecían junto a la orilla de un arroyuelo, él apresuraba el paso, porque eso le traía a la memoria el doloroso recuerdo de Juana.

Y sucedió que en cierta ocasión llegó a la populosa ciudad de Milán, y al pasar por el teatro de la Scala, supo que allí cantarían Juanita esa noche. Knoud concurreó a verla y se mezcló entre la muchedumbre que llenaba la sala. Sonó la orquesta sus acordes y al levantarse el telón apareció Juana cubierta de joyas y de sedas, y cantó como solo los ángeles del cielo pueden hacerlo.

Terminada la función el público entusiasmado inundó el palco escénico de flores y de palmas.

Al salir del teatro poco después, Knoud la vió acompañada de un caballero que llevaba en el pecho una condecoración cuajada de diamantes.

—Es su novio . . . Se va a casar con ella . . . — decía la muchedumbre.

Knoud volvió a su casa y preparó en seguida su saco de viaje. Deseaba volver a su país, ir a ver los lugares de su niñez, contemplar de nuevo el sauce y el saúco. En vano las buenas gente le rogaban que se quedara porque estaba próximo el invierno, las montañas se cubrirían de nieve y los caminos se harían intransitables.

Pero Knoud no hizo caso de los consejos y emprendió el viaje. Tomó el saco y el bastón y se

marchó camino de los montes, subió y bajó y sus fuerzas iban decayendo, sin ver casa ni poblado.

Sentíase enfermo, pero reuniendo fuerzas logró llegar a una choza pobre y desmantelada, perdida en el valle. Pasó en ella toda la noche y el día siguiente. En tanto vino el deshielo y llovió a mares. No obstante púsose en marcha nuevamente siempre hacia el Norte, y anduvo días enteros sin descansar, ansioso de llegar a su país.

Al caer de una tarde muy fría andaba por la carretera.

A orillas del camino se levantaba un robusto sauce.

Todo le recordaba a Knoud su tierra natal.

Sentóse bajo el árbol rendido de fatiga, dobló la frente, entornó los párpados y se durmió al instante.

Entonces soñó que el árbol tomaba la forma de un vigoroso anciano, el cual levantándolo en brazos lo trasladó a su querida patria.

Y vió a Juana que lo esperaba en su jardín, ceñida la frente con una diadema de oro, y corría desde lejos a su encuentro, gritándole:

—¡Bienvenido seas!

Veía además delante de él a dos figuras. Eran los monigotes de mazapán, el hombre y la mujer que le miraban con regocijo.

—¡Gracias! ¡Mil gracias! — le decían. — Nos has hecho un gran favor: has desatado nuestras lenguas enseñándonos a no callar los sentimientos del alma, pues el silencio no conduce a nada.



UN HOMBRE TENDIDO AL BORDE DE LA CARRETERA

Eso decían y atravesaban las calles de Kjoegé cogidos de la mano. Dirigíanse a la iglesia y Knoud y Juana le seguían cogidos también de la mano. Las puertas de la iglesia abríanse de par en par y resonaban los sonidos del órgano.

—Los amos delante! — decían los novios de mazapán, abriendo paso a Knoud y Juana que se arrodillaban al pie del altar.

Juana inclinaba la cabeza apoyándola en el rostro de Knoud e inundándole con sus lágrimas. Era que el hielo de su corazón iba derritiéndose al calor del cariño de su novio.

En esto despertó, y se encontró sentado bajo el nudoso sauce solo, en un país extranjero, en medio de una rigurosa noche de invierno. Caía granizo y le azotaba el rostro.

—Estos, — dijo, — han sido los mejores momentos de mi existencia. ¡Dios mío! Dejame soñar todavía un poquito más.

Y volvió a cerrar los párpados.

Knoud se durmió y volvió a soñar.

A la madrugada empezó a caer la nieve.

El viento sopló con fuerza arremolinando los frios copos alrededor del joven que seguía durmiendo.

Más tarde pasaron por allí las gentes de las cabañas cercanas yendo a la iglesia, y vieron el cuerpo de un hombre tendido al borde de la carretera.

Los cantos que venían entonando a coro cesa-

ron de oírse, y los hombres se detuvieron mientras que las mujeres recogían a sus niños en brazos temerosas de aquel cuerpo inmóvil en la nieve.

—Es un artesano — dijo uno de ellos acercándose.

En ese momento comenzó a sonar la campana de la iglesia.

—Ya ha dejado de vivir — murmuró alguien con recogimiento.

Y estaba en lo cierto. Knoud había muerto de frío bajo el sauce.

— F I N —



LLEGO EL JARDINERO DEL LUGAR

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## EL MEJOR DESTINO

Frente a un rosal que con la Primavera comenzaba a llenarse de pimpollos, y de rosas entreabiertas, cierta mañana conversaban un rayo de sol y una gota de rocío que cierto pétalo hama-caba lentamente, cual si fuera una perfumada cuna.

Dijo el rayo de sol:

—¡Qué rosas tan magníficas! Y esa infinidad de capullos próximos a abrirse, serán también hermosas flores; todas son hijas mías, ¿acaso no han nacido al calor de mis besos? ¿no es la caricia de mi luz quién hace que cada botón se vuelva luego espléndida corola?

Habló el rocío:

—¡No! Son mis hijas, puesto que la frescura de mis gotas brillantes como cristales, riegan sus hojas tiernas lo mismo que las caritas sonrosadas de los niños. . .

Ante tales palabras, dichas con orgulloso acento, se oyó que casi desde la misma tierra, el tronco del rosal, usando una voz algo enronquecida por los años les respondía:

—¡El verdadero padre soy yo! Vosotros, a lo sumo, seréis sus padrinos.

Sol y rocío, hallaron razonables las palabras del rugoso tronco.

—Sólo ansiaría saber, — dijo éste último, — cuál de mis rosas ha de ser la más feliz y aquélla de mayor mala suerte, ya que a todo padre le es una necesidad seguir la vida de sus hijos, para velar por ellos en los momentos de llanto y en los de alegría.

Pero el señor Viento, que siempre corre con su cabello desparramado por el espacio y acariciando con sus enormes e invisibles manos, cuanto halla en su camino; el que silba en los pinares y encrespa las aguas de los mares y que tiene grandísimas orejas por las cuales escucha cuanto sucede a su alrededor, luego de detener su marcha, le dijo al rosal:

—Yo me encargaré de averiguarlo; para eso corro de un lado al otro; penetro por la cerradura de la llave, bajo por la chimenea o burlo la ren-

dija de las puertas; por algo me encuentro en todas partes al mismo tiempo! ¿Quién mejor que yo para enterarme de la fortuna de cada una de tus rosas?

—Tienes razón, pero trata de no deshojar con tus soplidos, sus vestiditos de seda.

El rocío, descolgóse hasta la misma raíz de la planta. El rayo de sol, lo mismo que un haz luminoso de faro, siguió caminando por entre los tules de las nubes; mientras tanto, cada rosa escuchó dichas conversaciones y coqueteando, se preparó para engalanarse con sus mejores tonos de colorido, sus más apetitosos perfumes, limándose como pudo las espinas más cercanas al cáliz.

Al día siguiente, la aurora las sorprendió a todas, asomadas al balcón de sus follaies, vistosamente arregladas por una misma modista: la Naturaleza.

Corrieron las horas de aquel día de prueba, y todas se lamentaban de lo despacio que parecían avanzar aquéllas.

Más de repente, aproximóse a una de las rosas, cierta mano blanca de madre; al recorrer una a una las tan preciosas hermanitas, se detuvo delante de la que vió más perfecta.

Esta pudo, por su parte, observar las negras vestiduras que envolvían a su futura dueña.

—Ven, te llevaré junto a lo que más he querido en mi vida.

Y tomando a la rosa dulcemente, la separó del rosal. Este sintió un agudo dolor, igual que sen-

tiríais uno de vosotros si os cortaran uno de vuestros sonrosados deditos. La rosa también sufrió bastante, y no pudo contener una lágrima, al dejar a su padre y a sus hermanitas. Sin embargo, no podía por menos de sentirse orgullosa al ver que, entre todas, ella había sido la preferida. Así pues, abrió sus pétalos cuanto pudo y exhaló su más delicado perfume.

La enlutada dama que la había cortado, penetró en una alcoba convertida en capilla ardiente, donde en un precioso féretro blanco descansaba el cadáver de una bellísima niña, que más que muerta parecía dormida. ¡Tan dulce era la expresión de su rostro! Y la pobre madre, derramando abundantes lágrimas, colocó a la hermosa rosa sobre el pecho de su hijita muerta.

Habló la primera rosa separada:

—¡Qué hermosa dedicatoria de cariño me ha tocado en suerte! Una madre me besa y me bendice. Estoy a punto de penetrar en el reino del cielo! . . .

—Verdaderamente — continuó diciendo la flor — yo voy a ser la más feliz de las rosas, pues un destino tan espiritual y tan admirable como el mío, es muy difícil que lo alcancen mis hermanas. Yo me siento muy dichosa por haber podido aliviar el dolor de esa atribulada madre y por ser la más delicada expresión de su cariño. ¡Daría cualquier cosa porque el rosal, el rayo de sol y la gota de rocío, mis creadores, pudieran verme. Estoy se-



DIJO EL RAYO DE SOL: ¡QUE ROSAS TAN MAGNIFICAS!

gura de que se sentirían muy contentos de ver que sus desvelos y esfuerzos para traerme al mundo, se habían visto recompensados con mi gran destino.

El viento, sacó su libreta de apuntes y dejó, sin que nadie lo viera debido a su encantamiento, debida anotación de estas palabras; después se acurrucó nuevamente dentro de la enramada, cuando dos jóvenes, paseando por el jardín, se acercaron hasta aquel tesoro de florecencia.

Se quedaron parados ante el precioso rosal, admirando la belleza de sus flores y aspirando el delicado aroma que éstas exhalaban. Uno de ellos era rubio, delgado, pálido y melancólico. Su profesión era la de poeta, y como tal, era romántico. Su amigo, era más vivaracho, moreno, de ondulada cabellera negra y profundos y brillantes ojos. Era gran admirador de la Naturaleza y se dedicaba a copiarla con sus pinceles. El poeta, dijo al pintor:

—Mira, querido Enrique, que rosal más bello. Pocas veces he visto nada parecido de delicadeza de colorido y de intensidad de perfume. Con razón es llamada la rosa "la reina de las flores".

—Ciertamente — contestó el llamado Enrique — que estas flores son de una belleza maravillosa. Yo te aseguro, mi buen Armando, que no hay nada en el mundo que me haga más feliz ni que me guste tanto, como contemplar estas obras perfectas de la mano de Dios, que el hombre,

por mucho que se esfuerce, no podrá nunca, no ya superar, sino igualar siquiera. Lo creado por el Supremo Hacedor es inimitable.

—Es verdad — dijo Armando — los artistas, a lo único que podemos aspirar es a remedar o a ensalzar estas maravillosas obras de la Creación.

Enrique quedó unos momentos silencioso, como ensimismado. Al poco tiempo, preguntó:

—Tú que eres poeta ¿por qué no escribes un verso a la que más te agrada?

—Y tú que sabes pintar ¿no crees que es divino modelo aquel pimpollo?

Al oír estos piropos, las rosas sintieron una gran emoción. Todo el rosal tembló desde la raíz a la más alta rama. Una de las rosas, que quería mucho al capullo a que habían aludido los dos jóvenes en su conversación, le dijo muy bajito:

—Mira hermana Rosita. ¿Oyes?

—Sí, escucho, pero me da mucho miedo!

—¿De qué?

—De que nos separarán de nuestra madre, la planta...

El poeta, tronchando con ternura la vida de una de ellas, se la llevó a su pieza de escritor; en un improvisado florero, púsola frente a su mesa de trabajo, y luego, pluma en mano, fué escribiéndole una muy bella composición poética.

—Soy inmortal: su genio, rindiendo culto a la nobleza de mi vida, me transporta a la gloria! — dijo la rosa.

Mientras tanto, el pintor frente a la tela, fué pintando con tan buena aptitud el ejemplar por él elegido, que la propia flor se veía reflejada cual en un espejo:

—Mientras millones de rosas se marchitarán, yo viviré por muchísimo tiempo. ¿Quién más feliz que yo?

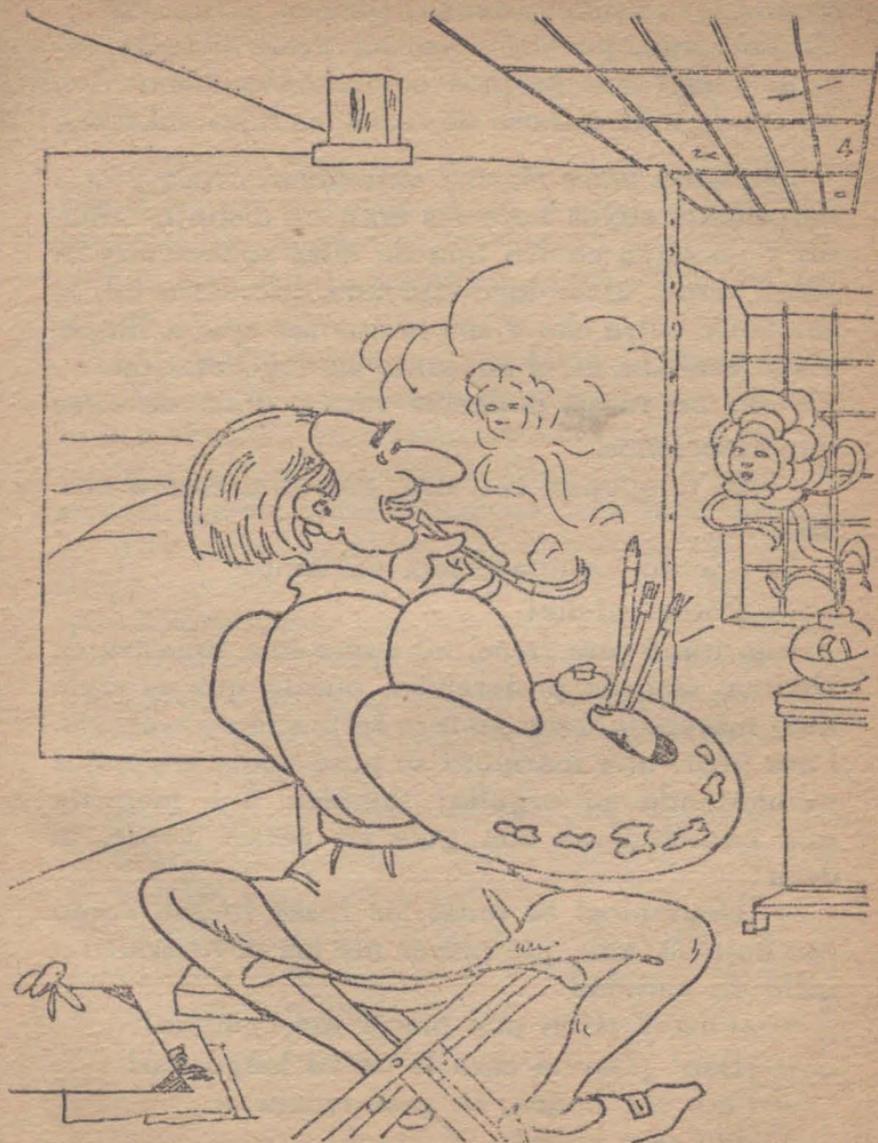
El Viento, que se escurriera por la ventana del cuarto del poeta y más tarde por debajo de la puerta del estudio del pintor, llevaba cuidadosa cuenta de lo sucedido y muy veloz, trepando árboles, tejados y molinos, con sus enormes piernas de gigante, volvió a su escondite primitivo.

Entró después en el jardín, una señora anciana, que como todo el mundo, se sintió atraída por la belleza de las rosas. Y tomó una que estaba ya completamente abierta.

—Por poco que caliente el sol — pensó la buena señora — esta rosa estará mañana marchita. Y como ya ha deleitado bastante los ojos y el olfato de los paseantes, voy a llevarla a casa donde la emplearé con gran utilidad, para mi recreo.

Y envolviendo la rosa delicadamente, en un papel de seda, la llevó a su casita. Allí la mezcló con las hojas de otras rosas de distintos colores y con delicadas flores de espliego, espolvoreándolas con sal.

—¡Oh! — Exclamó la rosa. — ¡Qué suerte tengo! Esta ancianita me está embalsamando, categoría que alcanzan muy pocos animales y que



SE VEIA REFLEJADA COMO EN UN ESPEJO

ni aún las mismas personas pueden permitirse. Y, sin embargo, yo voy a conservarme siempre entera, y con mis propios colores. Decididamente, yo soy la más dichosa de todas las hijas del rosal.

Hablaron entre sí, una entreabierta rosa y otra deformada cuyas hojuelas eran de distinto tamaño y en cuyo centro una de ellas conservaba su color verde, afeándola. Era una diferencia tal, la existente entre ella y sus hermanas, que a simple vista resaltaba en el conjunto su degeneración.

—Ni las rosas, podemos vernos libres de estas imperfecciones.

—No te apenes, con ello, eres diferente a nosotras...

El Viento, compadecido, exclamó:

—¡Pobre infeliz!

Ella tomó esta frase, no como una muestra de lástima, sino de preferencia, puesto que se creía muy merecedora por su rara formación y colorido. Para peor, una mariposa se posó sobre sus hojas aumentando su orgullo; también una langosta que contemplaba con gula su pétalo verde, al decir:

—¡Demonios! Si todas las rosas fueran como esa hojuela, con qué placer me las devoraría! La infló de vanidad...

—¿Oíste? ¡Con qué placer me comería!

—¡Bah! ¡Bonita cara la de tu langostón!

—Pero me honra, su preferencia...

—¡No seas boba!

En eso, el trino armonioso de un ave, se dejó escuchar en el espacio; todas las flores volvieron sus corolas hacia el lugar desde donde partía el canto.

—¿Oyes? Será por mí su canto — dijo la rosa fea; — si ha de elegir a una, como todas vosotras soís iguales en hermosura, no podría hacerlo y se quedará conmigo. Mi fealdad, me distingue...

—Verdaderamente — continuó diciendo la rosa más fea — en el mundo más que ser bonita, es ser original, tener personalidad inconfundible, como decía hace un rato el Sapo del jardín. E indudablemente, entre todas vosotras, muy bonitas, sí, pero como cortadas por el mismo patrón, la única que demuestra que la han hecho diferente, para alcanzar más realce y más renombre, soy yo. Por lo tanto, yo soy la más dichosa, porque mi paso por el mundo, dejará una estela de originalidad y elegancia, muy difícil de obtener por las flores vulgares.

No había terminado su discurso, cuando dos caballeros que pasaban frente a la planta en tren de bromas, hablaron:

—¿Sabes tú que si le echas el humo de un cigarrillo a cualquier rosa, la empañas haciéndola volver de un verde sucio?

—¡No me hagas chistes!

—¡Te digo que sí!

—Vamos... vamos...

Mirá, elegiré una de las peores para no cometer un crimen. ¡A ver, a ver... ésta!

...Y tomó a la única que por sus cualidades podía servirle de víctima. La presuntuosa que hablaba segundos antes de su fealdad. Una bocanada de humo la hizo desaparecer momentáneamente. Las otras se ocultaron tras sus propias ramitas disparando del humo pestilente.

Cuando la rosa fea se observó en el espejo de una gota de rocío, al verse amarillenta, desmejorada, estalló en un nuevo ademán de orgullo:

—¡Ahora sí, no hay otra que me iguale! ¡Una rosa verduzca! ¡Qué rareza! ¡Soy la más dichosa!

Mientras tales ridículas glorias se adjudicaba ésta, llegó el jardinero del lugar:

—Debo elegir para mi amo algo muy bueno. ¿Esta? ¿Aquella? Conviene que sea apenas pimpollo, pues de lo contrario se deshojaría... Mientras, las nuevas rositas alargaban sus pedúnculos para sobresalir entre tantas.

—Yo soy la más fresca...

—Y yo la más olorosa...

—Yo la más elegante...

—Yo la más pequeñita...

El jardinero observó atentamente y cortó una. De allí, pasó al centro de un ramillete.

—¡Qué dichosa soy! Parezco una perla enjoyada entre mil flores!

En el entreacto de una función de teatro, el dueño del ramo, lo arrojó a la primera actriz, más al caer sobre el escenario rompióse el débil tallo

del capullo central, y éste rodó hasta los propios pies de uno de los obreros que trabajaban entre telones.

—¡Caramba! Se ha cambiado tu destino! — dijo éste y lo guardó para llevarlo como regalo a su madre pobre y enferma.

El Viento, que con gran dificultad pudo llegar hasta aquel teatro cerrado y confortable, tuvo que pasearse por los largos corredores del mismo, a la espera de saber el destino de aquella hija del rosal.

Cuando el operario entregó a su madre aquella flor, volando, el Viento pudo ver que a la señora se le llenaban de lágrimas felices sus ojos, y escuchó que la flor decía:

—Cierto es que no he podido llegar a manos de la célebre cantante, pero estoy en casa de una pobre anciana e inundo de gozo su corazón! ¡Qué feliz soy!

Prefiero mil y mil veces esta humilde casa y el pobre y rústico jarrón en que me han colocado las manos de esta dichosa madre, al lujo de que hubiese vivido rodeada en casa de la artista.

Aquél, era un amor vanal y pasajero; éste es un amor puro y santo. Allí, entre las numerosas flores que deben adornar su casa, yo hubiese sido una más; aquí, soy la única, y por tanto, la preferida y admirada.

¡Qué dulce debe ser el sentimiento de esta madre, ante la delicada y cariñosa atención de este buen hijo! Y orgullosa de su destino, abría sus



LLEGO EL JARDINERO DEL LUGAR

bellos pétalos y exhalaba sus más fragantes perfumes, inundando con ellos la humilde estancia.

El Viento anotó este detalle y juzgó que aquel pimpollo era el más dichoso. Al pie de la planta, reuniéronse nuevamente la gota de rocío, el rayo de sol y su majestad el Viento. Este contó cuanto aconteciera a las flores; se escuchó su juicio y cuando se estaba por dar el fallo, la voz del pajarito aquél, tan musical como una flauta, habló:

—¿Y qué me dice usted señor Viento, de aquella última rosa, la primera que florece con el Otoño! ¡Cuántas personas la observarán! Es ahora, única en todo el follaje. ¿No os parece la más dichosa, queridos compañeros del jardín?

—Cuando la pierda, quedará mi ramazón desnuda; mi casa, que es de hojas y ramas, parecerá un esqueleto... — dijo el rosal.

—Y mi gota fresca de rocío, no encontrará perfume en su caída hasta la tierra...

—Y mis ráfagas de viento, pasarán de largo, sin tomar nota de tantas confianzas.

Aquella rosa postrera, la de despedida, tomó entonces la palabra, con voz de huérfana casi:

—Quedaré en el rosal hasta que me convierta en semilla: cuando esto suceda, tú, tronco madre, verás que caigo a la tierra; tú, rocío, me regarás para que brote y tú, sol, ayudarás a mi germinación. Tendrán todos así, un nuevo rosal, ¿no os parece que será la más dichosa, volviendo a proporcionar nuevas flores al mundo, más perfume al aire, más belleza a los jardines?

Y tenía razón porque iba a ser como las buenas obras que siempre dan lugar a virtudes del alma.

.....

Colorín colorado este cuento se ha acabado y que quien quiera ser buen hijo y mejor compañero, imite a la última rosa del rosal de la narración.

— FIN —



## EL ESCARABAJO PRESUMIDO

El palacio estaba de fiesta y no era para menos. Al caballo del Rey le colocaban ese día unas magníficas y brillantes herraduras del más finísimo oro.

El Herrero conversaba con el Paje, que tenía de la brida al magnífico animal, de pelo tordillo, crines largas y enruladas y de ojos vivaces.

—Tú estarás contento, Francisco — le decía — el caballo del rey está realmente espléndido. Seguramente, que te han de dar algunos días de permiso para que vayas a divertirte a la ciudad.

—Tienes razón, Herrero — contestó el Paje. — Estoy muy contento. No sabes con cuanto ca-

riño cuido yo a este caballo, el más hermoso de cuantos tiene mi señor, y, además, el más valiente.

—¡Oh, sí! Estás en lo cierto. Siempre nos acordaremos todos de aquel día en que salvó a nuestro Rey de caer prisionero, poniéndolo fuera del alcance de sus enemigos gracias a su extraordinaria velocidad.

Un escarabajo, que pasaba su triste vida entre la inmundicia de la caballeriza del Rey, estaba escuchando la conversación y, como era por demás tonto y orgulloso, le dijo al Herrero:

—Oye tú, Herrero! Prepárate para colocarme a mí también unas hermosas herraduras de finísimo oro iguales a las que vas a ponerle al caballo del Rey. Ya comprenderás que soy mucho más digno que él de llevar tan lindo calzado, pues mientras que él no es más que un simple caballo, soy yo un escarabajo real, por eso vivo aquí en palacio, invitado por el mismo rey. Así es, que, anda, date prisa, no sea que S. M. te deje cesante por haber tardado tanto en cumplimentar mis órdenes.

Al oír hablar de esta manera al bicho, el Herrero y el Paje se echaron a reír con todas las ganas y hasta el caballo del Rey, al contemplar la postura de suficiencia del escarabajo, no pudo menos que relinchar fuertemente haciendo burla al pobre cascarudo.

El escarabajo se puso colorado de rabia y, des-

pués de revolotear pesadamente sobre las cabezas de sus tres burladores, les contestó:

—¡Ea, villanos asquerosos! ¿Con qué yo no soy digno de que me pongan herraduras de oro? Bueno, ya veremos quién pierde más. Desde este mismísimo momento abandono la casa del Rey!

Y salió volando en dirección al jardín, no sin antes despedirse con estas palabras:

—Adiós, orgullosos. Dios quiera que pronto se den cuenta de lo que pierden con mi ausencia!

Después de alejarse como un kilómetro de la casa del Rey, el escarabajo se sintió con ganas de descansar y viendo una oruga joven que se arrastraba lentamente por el sendero, se paró a su lado.

La oruga, al verlo llegar, lo recibió muy amablemente:

—¡Buenos días, señor forastero! ¡Cuán hermoso está el tiempo! Mirad como brilla el sol en lo alto y allá en la montaña lejana su luz se tiende como si fuera una serpentina de oro! El aire es puro, la brisa trae suaves emanaciones de flores silvestres, las mariposas, mis hermanas, revolotean en el aire, los pájaros cantan, y, en fin, la Naturaleza toda parece entonar un himno en honor del Creador, que tan perfecto y tan maravilloso ha hecho el mundo. ¿No creéis lo mismo, señor Escarabajo?

—¡Bah! Puras palabras. —contestó fastidiado el escarabajo. —Tú no sabes lo que es la belleza. Tú no sabes lo que es revolcarse entre los

montones de estiércol de las caballerizas. ¿Para qué quieres el sol y el espacio si no tienes alas para volar?

—Todavía no tengo — le respondió la oruga — pero muy pronto me vendrá un sueño muy profundo y cuando despierte, dos hermosas alitas plateadas me adornarán la espalda.

—¡Cállate, necia! — dijo el bicho. — ¡Qué sabes tú de volar! Observa como lo hago yo y entonces te darás cuenta de que soy un animal de clase muy superior a la tuya.

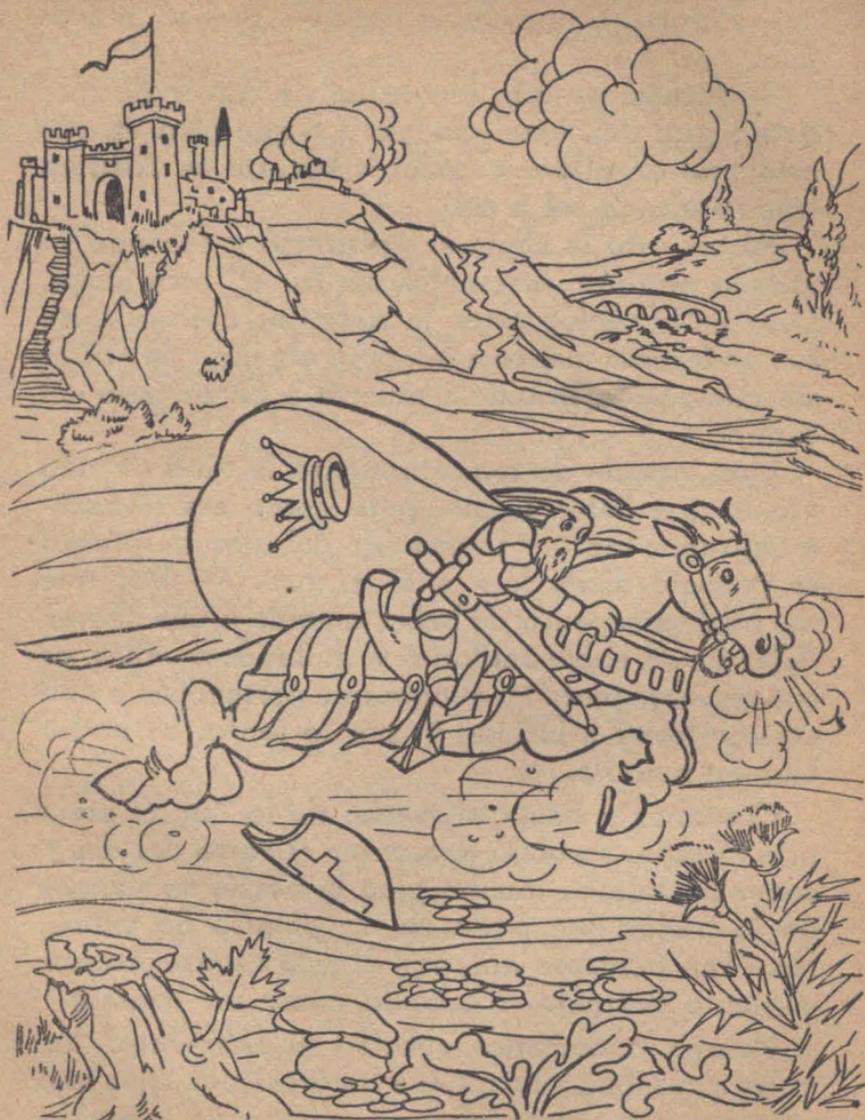
Y esto diciendo, nuestro Escarabajo dió dos o tres saltitos para tomar impulso y levantó un vuelo lerdo y pesado, a tiempo que lanzaba un sordo zumbido como de aeroplano.

Al rato se topó con una humilde abejita, que, toda afanosa, se posaba de flor en flor.

—Oye tú, desgraciada — le dijo el Escarabajo — ¿por qué desperdicias tu tiempo y tu vida posándote sobre las flores que tienen un olor inmundoso, y desprecias el suave perfume del estiércol?

—Yo me gano la vida con este trabajo. Con el néctar de las flores preparo la miel y con la miel me alimento. Y tú, ¿cómo te ganas la vida?

—De la manera más fácil. Sin hacer nada. — Contestó cínicamente el Escarabajo. — ¿No crees que es un poco tonto trabajar, como lo haces tú, mientras puede vivirse tranquilamente sobre el estiércol, como lo hago yo?



AQUEL DIA EN QUE SALVO A NUESTRO REY.

—Pero tú no produces nada — replicó la abejilla.

—Y tú crees que eso te ha de salvar de morirte algún día, igual que yo. Lo que pasa es que eres una orgullosa y quieres hacerte la virtuosa trabajando de sol a sol.

Al oír esto la abeja se enfureció y sacando su afilado aguijón arremetió contra el escarabajo. Pero éste, rápido para la defensa, apresó entre sus poderosas manos a la pobre abejita y la ahogó sin compasión tirándola muerta a un costado del camino.

Una especie de remordimiento le vino cuando vió lo que había hecho, pero como era el Escarabajo más tonto y presumido del mundo, pronto se consoló diciéndose a sí mismo: —¿Por qué me he de arrepentir de haber matado a una abeja? Además de haber millones y millones de ellas, es conveniente tener en cuenta que pertenecen a una clase inferior a la mía, y, por lo tanto, he hecho bien en matarla.

Contento y hasta orgulloso de lo que él creía una hazaña, resolvió descansar el resto del día y como no faltaba mucho para la noche se acomodó lo mejor que pudo en un plantío de verduras. Tan perezoso era, que al rato estaba profundamente dormido, roncando como un bendito.

Negros nubarrones cubrían el horizonte; las nubes cruzaban velozmente oscureciendo cada vez más el cielo, hasta que un relámpago, seguido de un trueno formidable, indicó el comienzo de la

tormenta. Y el agua comenzó a caer con tanta furia que, al poco rato, el pobre Escarabajo tuvo un triste despertar, pues una correntada de agua que se había formado en el surco donde dormía, lo arrastraba de aquí para allá y amenazaba ahogarlo.

A duras penas pudo el bicho salvar su vida gracias a que encontró una sábana tendida en el suelo. Allí se vió obligado a pasar la noche en compañía de dos ranas que estaban locas de contentas con tanta agua.

—¡Así da gusto! — dijo una de las ranas, que era gorda y vieja. — Desde las lluvias de Santa Rosa que no pasaba una noche tan divertida. Realmente no hay nada más hermoso ni más divertido que chapotear en el agua y lanzar al aire hermosos cánticos — continuó la rana. — ¡Croak, croak, croak! ¡Qué bueno es Dios que manda la lluvia para que las ranas seamos felices!... Mi hijito el Renacuajo, se ha ido por ahí a pasear, disfrutando de las delicias de esta noche primaveral y encantadora. Realmente yo disfruto muchísimo con la humedad.

—Yo también — afirmó su compañera. — Créame, señora Dominga, que esta sequía me estaba dando reumatismo y buena falta me hacía una mojadura como ésta!

El Escarabajo, que tiritaba de frío, hecho un ovillo en un pliegue de la sábana, no pudo pegar los ojos en toda la noche porque no tenía sueño y, además, porque las ranas, que cantaban ale-

grememente, le dieron un concierto hasta que dejó de llover al rayar el alba.

Cuando la luz del día iluminó al Escarabajo y a las dos ranas, éste las saludó y les dijo:

—Toda la noche os he estado escuchando como cantábais y cantábais como tontas, sin dejar dormir a un animal de tan alta categoría como yo.

Las ranas le miraron con aire de asombro.

Y el continuó:

—Sí, no me miréis con ese aire de estúpidas. Yo soy un animal de gran categoría, como os he dicho antes. Soy nada menos que el Real Escarabajo de S. M. el Rey. Supongo que estaréis contentísimas de la buena suerte que tenéis de conocer a Escarabajo tan principal. . .

Las ranas le hicieron una cómica reverencia burlona, y él les preguntó:

—¿Podrías decirme, oh, afortunadas ranas, si podría encontrar por aquí cerca un buen montón de estiércol donde revolcarme?

—¡Oh, distinguidísimo y elegantísimo Escarabajo — le dijo la más vieja de las ranas, burlándose de él (y no digo que “tomándole el pelo” porque todos sabéis que ni ranas ni escarabajos, poseen ese adorno capilar), nosotras, humildes ranas, no podemos satisfacer tu real curiosidad, ni servir a tan gran señor, como sería nuestro deseo, porque verdaderamente por estos alrededores, no hay ni una pizca de ese “delicado” y “apetitoso” manjar que tu elegante estómago desea.



**BUENOS DIAS, SEÑOR FORASTERO.**

—Bueno, entonces me voy a buscarlo a otra parte. Adiós, simpáticas e inteligentes ranas.

Después de dichas estas palabras y de hacerles una gran reverencia, a estilo cortesano, el cascarudo reanudó su camino quejándose de su mala suerte. Pero acordándose de aquel refrán que dice: "No hay mal que dure cien años", siguió la marcha con la esperanza de que cambiara su suerte.

El muy bobo no comprendía que todas sus desgracias provenían de su estúpida presunción, pues de no haber dominado en él el orgullo, se hubiese quedado en las caballerizas del Rey, ahorrándose las calamidades que le sucedían.

¡Cuántos hombres, cegados también por el orgullo, sufren sus consecuencias como el escarabajo de nuestro cuento!

Sigamos conociendo las desventuras del presumido escarabajo.

Entró en un jardín y encontró una maceta rota, que el jardinero debía haber olvidado. Esta maceta servía de vivienda a una familia de tijeretas, que se paseaban a más y mejor. Las más pequeñas estaban jugando al escondite, y las más hablaban, mientras cosían la ropa de la semana, haciendo grandes elogios de sus respectivos hijos.

—Mirad, amiga mía, — decía una — mirad a mi pequeño con qué gracia corre, salta y se escapa de sus perseguidores. ¡Es un chiquillo encantador!

—¿Pues y el mío? —añadía otra de las alegres comadres. — ¿Habéis visto nada más gracioso y vivaracho? Parece mentira que haya sido ayer, cuando haya salido del huevo y ya corra con tanta ligereza! ¡Estoy realmente loca con mi nuevo hijito! ¡Es una verdadera monada! ¿No es cierto, señor Escarabajo?

—Sí, efectivamente, los dos son preciosos y comprendo muy bien que estéis orgullosas de ellos. Y mi opinión es muy valiosa, señoras mías, pues he vivido largo tiempo en el propio palacio real, especialmente invitado por S. M. el Rey.

Entonces las tijeretas, que eran bastante tontas, se sintieron muy emocionadas al ver a tan ilustre señor entre ellas, y para mejor atenderle, le invitaron a pasar a su casa. Llamaron a los pequeños y se los presentaron a tan distinguido amigo.

—¡Ahora podéis apreciar bien lo listos y graciosos que son! —decían ambas madres. — ¡Son unos diablillos deliciosos!...

Pero los "deliciosos diablillos" comenzaron a subirse por el lomo del Escarabajo y a hacerle cosquillas, lo cual le pareció a éste una gran falta de educación y de respeto, y, cortando por lo sano, preguntó:

—¿Saben ustedes, señoras mías, si por aquí hay algún estercolero, digno de mi paladar?

—Muy cerca, no. Pero detrás de aquella tapia que véis allí lejos, hay uno bastante grande, que creo os agrada.

—Pues entonces, parto veloz hacia él. Adiós, familia tijeretil, adiós.

Y empezó a volar lo más aprisa que pudo, traspasando la tapia que le habían indicado.

Al poco trecho se encontró con un terreno baldío donde tiraban las basuras y allí vivían muchos otros escarabajos que lo recibieron con toda cortesía.

—Pues, sí señor — dijo el Escarabajo padre, — héte aquí que un compatriota viene a visitarnos de tierras lejanas.

—Las vuestras serán tierras lejanas — replicó orgullosamente nuestro Escarabajo. — Yo vengo de las caballerizas del Rey.

—¡Cuánto honor! — respondió una de las hijas del escarabajo padre, al mismo tiempo que se meneaba graciosamente como tratando de conquistar al recién llegado. — Y ¿por qué habéis abandonado un sitio tan espléndido? — preguntó.

A esta pregunta, nuestro Escarabajo no pudo con su orgullo, y echó esta mentira:

—Veréis. Resulta que a veces uno se cansa de la abundancia y entonces resuelve largarse a recorrer el mundo en busca de aventuras. Si viérais cómo lloró el caballo del Rey cuando me marché. Todos me pidieron casi de rodillas que no me fuera, pero como tenía resuelto mi viaje no tuve más remedio que dejarlos.

Un murmullo de admiración se escapó de las bocas de los escarabajos que escuchaban hablar al recién llegado, pero uno de los escarabajos vie-

jo, famoso, porque había estado en la guerra contra los grillos, dijo en voz alta:

—¿A quién quiere hacer creer que a un escarabajo lo necesitan en la casa del Rey? ¡Usted no es más que un embustero!

Nuestro Escarabajo quiso castigar la insolencia que acababan de decirle y se abalanzó contra el viejo. Pero apenas había dado un paso cuando se vió rodeado de caras amenazantes, por lo que juzgó oportuno disparar antes de que las cosas se pusieran peores.

Fué así como salió volando como alma que lleva el diablo y, cómo sería el susto, que voló durante tanto tiempo que no se fijó que estaba sobre un río. De pronto se sintió cansado y quiso bajar salvándose gracias a que pudo posarse sobre una rama que era arrastrada por la corriente.

Pero su mala suerte lo perseguía. Dos muchachos que venían en un bte lo sacaron de donde estaba y metiéndole en una caja de betún, se lo llevaron a su casa.

Dentro de la caja nuestro Escarabajo se quejaba de su triste destino pensando que si no hubiera sido tan necio podría haberse quedado con el caballo del Rey.

Uno de los muchachos, en cuanto llegó a su casa, lo sacó de la caja de betún, agarró un zueco viejo, le puso un palo y un pedazo de tela como si fuera un barquito y poniendo al Escarabajo dentro del zueco lo echó en un arroyo que corría cerca de la casa.



Y PONIENDO AL ESCARABAJO DENTRO DEL ZUECO...

Así estuvo el zueco durante largo rato flotando sobre el agua hasta que el muchacho se volvió a su casa dejando al Escarabajo abandonado a su suerte.

Una libélula se posó sobre el zueco y saludó al bicho de esta manera:

—Buenos días tenga usted, señor Escarabajo.

—Observo que usted, señorita presumida, no tiene ni la más mínima pizca de sentido común — contestó enojado el bicho.

—¿Por qué? — preguntó la libélula.

—Sencillamente, porque se ha de imaginar que no puedo tener buenos días en un trance como el que estoy. ¿O cree usted, por ventura, que he salido a dar la vuelta al mundo navegando sobre un zueco?

La libélula iba a contestar una grosería, pero como el zueco había tocado tierra en una de las orillas del arroyo, resolvió alejarse del lugar.

—¡Válgame Dios! — suspiró el Escarabajo. — Por fin estoy a salvo. Ahora podré ir adonde quiera.

Apenas había terminado de decir estas palabras cuando vió con gran espanto que un pato silvestre volaba amenazante sobre su cabeza. En menos que tarda el decirlo, el Escarabajo levantó vuelo y huyó desesperadamente. Sin embargo, el pato silvestre no lo dejaba tomar distancia y ya iba a devorarlo, cuando el Escarabajo pudo meterse por una ventana que encontró abierta.

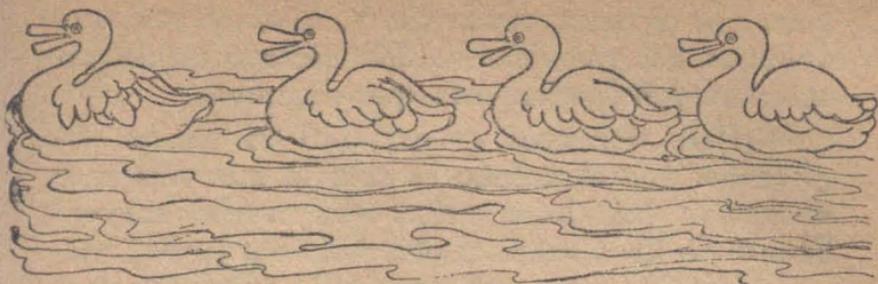
El bicho cayó desmayado en una especie de

mullido colchón de cerda y cuál no sería su asombro cuando al abrir tímidamente los ojillos, se encontró, nada menos, que sobre la crín del caballo del Rey, a quien el Paje le estaba lustrando sus herraduras de oro.

Un suspiro de satisfacción se escapó del pecho del Escarabajo, y, como ya hemos dicho que era el Escarabajo más tonto y orgulloso del mundo, tuvo el atrevimiento de decir:

—Vaya, vaya. Con que el caballo del Rey no puede abandonarme y viene a mi encuentro. Ahora que me veo montado sobre él me doy cuenta porque le pusieron las herraduras de oro. Era para que estuviera a tono con un Escarabajo aristocrático como yo, cuando me tocara montarlo!

Y ufano y orgulloso se echó a roncar sobre un montón de estiércol, mientras descansaba de las emociones de su infortunado viaje.



## DESVENTURAS DE UN CISNE

En medio de un espléndido paisaje campestre levantábase un viejo castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua y cuyos muros desaparecían bajo un verde tapiz de yedra.

En una tronera de esas murallas había puesto su nido un pato hembra, y empollando los huevos se impacientaba por ver a los polluelos salir del cascarón, cansada de la soledad en que la dejaban sus comadres, que pasaban el día zambulléndose en el agua.

Por fin abrióse un huevo, sonó un “¡Pip! ¡Pip!” y se asomó una cabecita de pato. Al día siguiente, un segundo pato hizo lo mismo, luego un tercero; y pronto pudieron decir “¡Rap, rap!” asomando las cabecitas sobre el follaje.

—¡Qué enorme es el mundo! — fué la primera frase que lanzaron los incautos pollitos al

pisar por primera vez la tierra. Y es natural que opinaran así, pues dentro del cascarón no debían estar muy holgadamente que digamos.

—¡Pero tontitos! — exclamó la madre. — ¿Pensáis que el mundo es solo lo que véis ante vosotros? No, hijos míos. ¡Es mucho mayor! El mundo llega hasta el otro lado del jardín, hasta la iglesia, cuyo campanario he visto una vez desde lejos; pero no me he atrevido a llegar hasta él.

—Vamos a ver — dijo la madre levantándose del nido. — ¿Habéis salido todos? ¡Oh! Todavía no. Veo que el huevo más grande permanece intacto. ¿Ha de durar mucho este engorro? Francamente ya empiezo a estar cansada.

Y de buena o mala gana volvió a acurrucarse cubriendo el huevo.

—¿Qué tal va? — le preguntó una ánade vieja que fué a visitarla.

—¡Ah! — contestó. — Estoy pasando la pena negra con uno de mis huevos que no quiere abrirse. Mirad, en cambio los polluelos. ¿Habéis visto nunca patitos más hermosos?

—Vamos a ver ese huevo que no se quiere romper — dijo la vieja. — ¡Oh, amiga mía! Ese huevo no es vuestro, ese huevo es un huevo de pava. A mí también me engañaron en una ocasión. Figuráos que, después de pasar horribles trabajos para empollarlos, no pude conseguir de ninguna forma que los pollitos entraran en el

agua. ¡Fué un ridículo espantoso!... ¡Cuánto se rieron de mí las vecinas! ¡Sobre todo la señora oca, que como sabéis, es tan engreída y tan tonta!... Pasé tan malos ratos con los malditos huevos y con los estúpidos pollos, que nunca se me olvidarán mientras viva.

Y añadió:

—Creedme. Es un huevo de pava. Yo en vuestro lugar lo dejaría ahí, y me dedicaría como es natural, a enseñar a nadar a los pequeñuelos.

—¡Bah! — contestó la madre. — Después de tanto tiempo quiero cubrirlo aún algunos días y veremos en qué para.

—Tiempo perdido — contestó la vieja. Y se marchó.

Por último rompió el huevo, y al grito de “¡Pip, pip!” salió un pato muy grande, muy feo y muy mal conformado.

—¡Dios mío, qué horrible monstruo! — exclamó la madre. — Este sí que no se parece a los otros. ¿Será realmente un pavo? Pronto lo sabré. Iremos al agua, y si no entra en ella de buen grado lo zambullo por fuerza.

A la mañana siguiente como hacía un tiempo magnífico la madre salió por primera vez con toda su familia y llegó al borde del foso.

“¡Plas!” ya está en el agua. “Rap, rap” dijo, y los pollos uno tras otro la siguieron desapareciendo bajo el líquido elemento, volviendo a aparecer en seguida, nadando con rapidez. Y el pa-

tazo pardo iba entre ellos moviendo las patitas con la misma destreza que sus hermanos.

—¡Ese no es pavo! — dijo la madre. — ¡Es hijo mío! Después de todo no es tan feo como parece a primera vista.

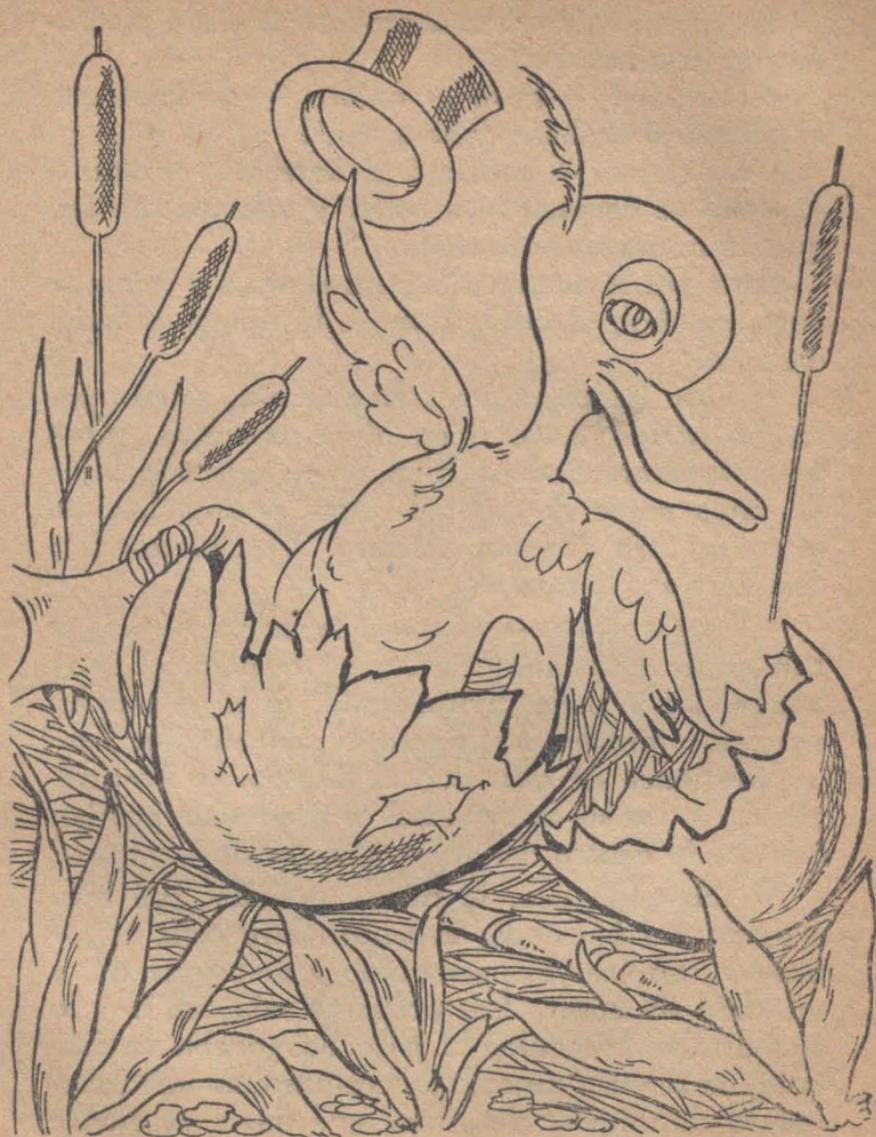
Y seguida de sus hijos, se dirigió al gran estanque para presentarlos a los vecinos. Cuando llegaron reinaba en aquel lugar un tumulto extraordinario: dos bandadas de patos se disputaban a picotazos una cabeza de anguila, y en lo más recio de la pelea, el gato, que parecía dormir acurrucado en la orilla, no hizo más que estirar la pata, llevó a tierra su presa y la devoró.

—Ved y aprended, hijos míos — dijo la madre. — El mundo está lleno de sorpresas y asechanzas... Ea, pues, doblad el cuello y saludad al viejo pato que anda por allá. Es de pura raza española... Ahora ensayaos a decir "rap, rap" a coro... No metáis los pies hacia adentro que es de mal gusto, echadles hacia afuera como yo...

Y así, dándoles consejos, y recibéndolos iban nadando entre los otros patos que refunfuñaban diciendo en alta voz:

—Vaya!... Una nueva pollada todavía!... Como si por lo que nos dan de comer no fuésemos bastantes.

—A fe mía que esto pasa de castaño obscuro, — dijo un pato joven y ardoroso, y al apercibirse del pollo feo, añadió: — ¿Habéis visto qué tipo? ¡Ah! A este sí que no podemos admitirle.



POR FIN ABRIOSE UN HUEVO.

Y echándosele encima empezó a darle picotazos en el pescuezo.

—¡Bribón! — gritó la madre. — Déjalo, que el pobrecito no hace daño a nadie.

—Es cierto — contestó el agresor. — Pero a su edad es demasiado grande, y además tan feo que deshonra nuestra casta.

Entonces se acercó a la pata el viejo y solemne pato español, el cual al ver a la nueva pollada, exclamó:

—¡Qué lindos patitos! Realmente, señora pata, ha tenido usted unos hijos preciosos. ¡Qué graciosamente andan! Bien se vé que son hijos de unos patos de calidad. Pero es una lástima que ese otro sea tan feísimo. Verdaderamente desluce a sus hermanos.

—Tenéis razón — contestó la madre, — el patito no es muy lindo; pero, en cambio, es muy bondadoso y nada divinamente. Si le viérais en el agua es mucho más ligero que los demás. Tengo confianza de que, con el tiempo, se irá arreglando, pues su deformidad es producida por haber estado dentro del huevo demasiado tiempo.

No obstante eso, la nueva pollada fué bien acogida por la banda, excepto, claro está, el patito feo, que se vió perseguido y matraqueado, y mordido sin cesar. Las pollas se reían de él y lo encontraban ridículo. El pato no gozaba un instante de reposo, no sólo le zarandeaban continuamente durante el día, sino que hasta de noche el recuerdo de tantas picardías no le dejaba ce-

rrar los ojos. Sus penas iban en aumento de día en día, pues hasta sus hermanos de la pollada se mofaban de él, diciendo:

—¡Que no te atrape el gato, horrible criatura que nos avergüenzas!

Y la misma madre que en un principio le defendía acabó por decir:

—¡Mala suerte hayas!

Todo el mundo lo maltrataba. Hasta la criada encargada de servirles la comida, le odiaba y cuando el pobre animalito se acercaba a ella, intentando atrapar algún grano con que alimentarse, le daba una patada, diciéndole:

—¡Quita de aquí, horrible animalucho! ¡Qué ganas tengo de que crezcas a ver si te matan y nos vemos libres de tu desagradable presencia!...

Por fin un día no pudiendo aguantar más, tomó vuelo por encima del seto y pasó jardines y campos, mientras los pajarillos huían espantados al oír el extraño rumor de sus alas todavía inexpertas.

—“Se espantan porque soy feo”, — pensaba el infeliz, cerrando los ojos para no ver el desastroso efecto que causaba por doquier su aparición.

Y volando, y alejándose cada vez más de los lugares de su nacimiento, llegó al gran pantano que habitan las ánades silvestres, y allí hizo alto, pasando la noche entre juncos, triste y cansado.

Al día siguiente acudieron ánades silvestres de

todos los lados, contemplando con curiosidad al recién llegado.

—¿De dónde vienes? — le preguntaron. — ¿A qué casta perteneces?

Y el pato hacía saludos a todo el mundo con aquel embarazo propio de un ser que se avergüenza de su mala figura.

—Puedes envanecerte de ser horriblemente feo — añadieron las ánades. — Pero no importa, mientras no te hayas metido con alguna de nuestras hijas.

Estaban diciendo esto cuando de repente se oyó “¡Pif! ¡Paf!” y dos ánades cayeron muertas en el agua. “¡Pif! ¡paf!” se oyó nuevamente, y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales huyendo en todas direcciones. Era una gran cacería. Resonaba el estrépito de los disparos, y mientras los cazadores llegaban a la orilla de la laguna, el humo de la pólvora se cernía sobre el espacio, los perros corrían por todos lados y “flas, flas” se arrojaban al agua, tronchando y doblando juncos y cañas, acercándose al escondite del desventurado pato.

El pobre animalito temblaba como un azogado y a cada nuevo disparo veía llegar la muerte. Entonces casi se arrepentía de haber dejado a su madre y haber salido a correr mundo. Cuando más triste estaba y más ensimismado en sus negros pensamientos, sintió al lado suyo un jadeante y ardoroso aliento. Entreabrió los ojos y vió a



LAS POLLAS SE REIAN DE EL...

un enorme perrazo de caza, que le miraba con ojos extraños y le olfateaba con precaución.

—¡Ahora sí que ha llegado mi última hora; — pensó el patito, cuyas plumas se erizaron a causa del miedo, dándole un aspecto más repugnante todavía.

Pero no fué así. El perrazo, después de mirarle despreciativamente, salió corriendo en busca de una presa más digna de su distinguido hocico.

—¡Gracias a Dios — pensó el patito en cuanto se hubo repuesto del susto. — Este condenado perro se conoce que se ha asustado de verme tan horroroso. ¡Menos mal que en una ocasión la fealdad me sirve para algo! . . .

Afortunadamente en ese momento los cazadores tocaron retirada, pero aún el pobre animalito permaneció algunas horas sin moverse, hasta que después de tomar mil precauciones, salió del agua y a toda prisa atravesó campos y prados, afrontando una gran tormenta, que no le permitía avanzar con la precipitación que hubiera deseado.

Por fin al anochecer llegó a una pequeña y miserable choza campestre, muy vieja y arruinada. El viento soplaba con tal fuerza alrededor del fugitivo que para no caer derribado le fué preciso resguardarse al abrigo de la choza. Notó que a la puerta le faltaban los goznes y viendo una abertura se coló dentro de la habitación. Vivía en aquel lugar una vieja con su gato y una gallina. El gato a quien llamaba "hijo mío" sabía

arquear el lomo y hacer rom rom. La gallina tenía muy cortas las piernas, pero ponía huevos excelentes, y la mujer la quería como a una hija.

Hasta el amanecer no notaron la presencia del intruso, pero como el gato empezara a gruñir y la gallina a cacarear, la vieja preguntó mirando a su alrededor:

—¿Qué tenemos?

Y al apercibir al fugitivo acurrucado en un rincón, lo tomó por hembra y exclamó:

—¡Qué suerte! Voy a tener huevos de pato, y los haré empollar.

Con esta idea prodigó atenciones al recién llegado y lo alimentó bien; y fueron aquellos los primeros momentos felices de su vida. Pero cuando notó la mujer que los huevos no venían volvieron a empezar las tribulaciones para el patito feo. La gallina era la señora de la casa, o poco menos, y al hablar decía siempre “nosotros” y “los otros”, entendiéndose por nosotros a ella, la vieja y el gato; y por otros, al resto del Universo, que en su concepto, estaba muy por debajo de los tres.

El pato se permitió expresar su opinión contraria, y encolerizada la gallina, le preguntó:

—¿Sabes poner huevos?

—No.

—Entonces, cállate, que al fin y al cabo no eres nadie en el mundo.

Y el gato le preguntó a su vez:

—¿Sabes arquear el lomo, hacer rom rom, y echar chispas?

—No.

—Entonces, ¿con qué derecho quieres tener opinión propia?

Y el patito no tuvo más remedio que callarse acurrucado tristemente en su rincón, porque volvía a ser desgraciado.

—Creo que lo mejor será que me vaya a dar una vuelta por el mundo para despavilarme un poco — dijo entonces como al acaso.

—En efecto — le respondió la gallina. — Un viaje no te sentará mal. Pues veo que eres muy palurdo.

Y el patito se fué nuevamente en busca de mejor suerte, sin percatarse de que era ya el otoño y el tiempo se tornaba inclemente. En efecto, las hojas de los árboles estaban ya amarillas, y el viento se las llevaba formando remolinos. El invierno se acercaba amenazador, y espesas nubes preñadas de nieve tapaban el sol. Así en tan mala estación era natural que el patito feo pasara enormes tribulaciones.

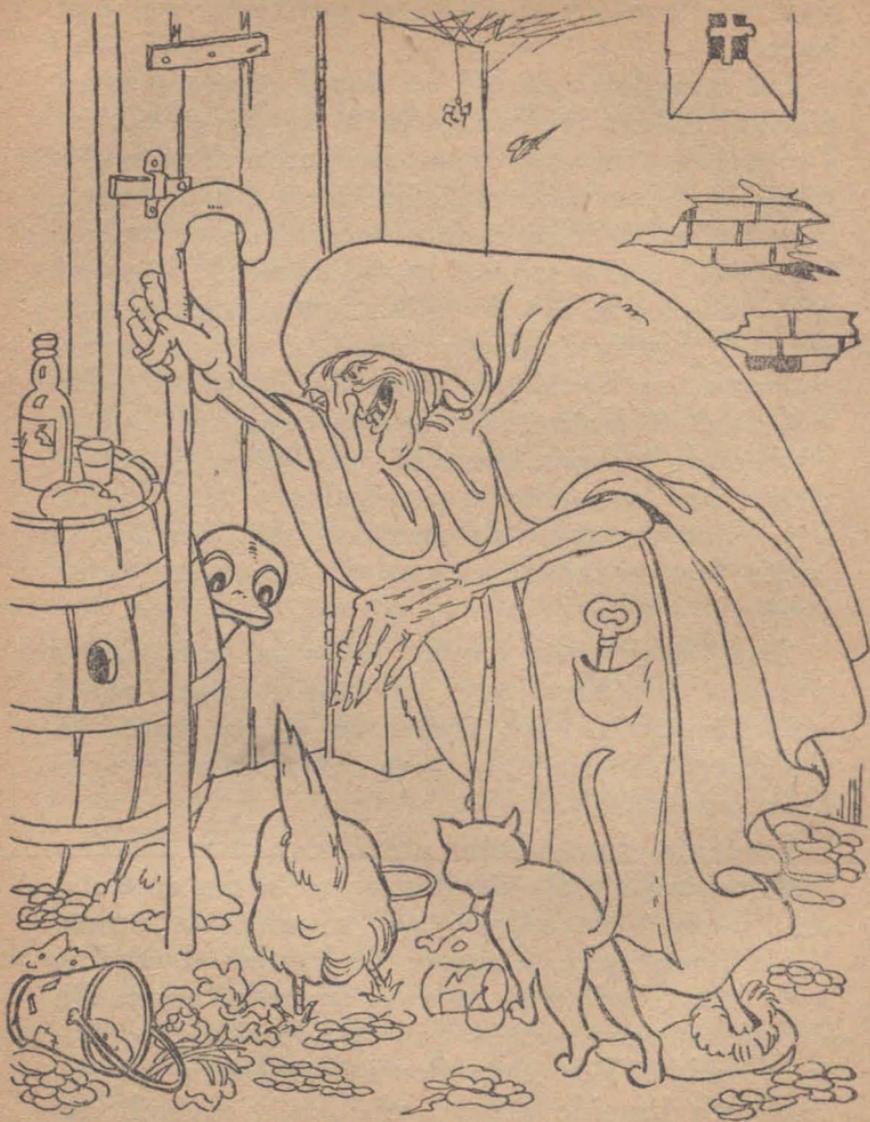
En el invierno la vida fué muy dura para el pobre animalito, pues además de que la comida escaseaba, el agua de los estanques se iba convirtiendo en hielo amenazando con helarle a él también. Así es que el patito tenía que mover sus patas continuamente, de día y de noche, para evitar que el poquito de agua en que nadaba, se congelase. Pero una noche, rendido por la fa-

tiga, se durmió y se encontró prisionero entre el hielo.

Un campesino lo vió en aquel estado y rompiendo el hielo, lo libertó y se lo llevó a su mujer. Tanto ésta como sus hijos, recibieron al pato con grandes muestras de regocijo; pero que el patito, acostumbrado como estaba solo a malos tratos, interpretó como señales de desagrado. Y creyó que una nueva era de sufrimientos comenzaba para él. Huyendo de los que él creía sus perseguidores, se metió en una olla llena de leche y la derribó. Entonces la mujer le pegó y el pato, intentando escapar, cometió toda suerte de estropecios, por los cuales le persiguieron más y más, hasta que un golpe de aire abrió la puerta y el patito feo escapó de nuevo, en busca de mejor suerte.

Sería muy triste contar todas las miserias y trabajos que tuvo que soportar durante aquel crudo invierno. Pero reapareció el sol, cantó la alondra y brilló la primavera con todo su esplendor y sus galas.

En tanto el pato había crecido mucho: sus alas eran robustas y sin darse cuenta un día se elevó en los aires alcanzando una altura que nunca había imaginado. Después de hender el espacio a su sabor, bajó a tierra y se encontró en medio de un hermoso parque lleno de saúcos y ojicantos floridos. Por entre flores y arbustos serpenteaba un límpido arroyo que iba a desembocar en un grandioso estanque rodeado de césped.



VIVIA EN AQUEL LUGAR UNA VIEJA...

¡Qué bello era aquel sitio con sus umbrías frescas y regaladas!

De pronto el pato vió tres hermosos cisnes mecíendose en el lago. ¡Qué soberbias aves! y con qué rapidez surcaban el agua, en tanto que el vientecillo hinchaba sus alas desplegadas como las velas de un buque.

Al verles, el pato se sintió dominado por dulce melancolía, y se dijo:

—No hay más, quiero ir con ellas, con esas aves regias; quiero admirarlas de cerca, aunque luego me maten.

Y echando pecho al agua púsose a nadar corriendo al encuentro de los cisnes, y éstos por su parte en cuanto lo vieron, se precipitaron hacia él batiendo las alas.

—Ya sé que váis a matarme — dijo el pobre animal e inclinó la cabeza hacia la superficie del agua esperando la muerte.

¿Pero qué vió en el espejo que formaba el agua transparente? Su propia imagen, que ya no era como antes la de un ave mal conformado, de un color pardo sucio, fea y repugnante, sino la de un precioso cisne? Al fin y al cabo la raza prevalece siempre y un día u otro se revela. Y ahora conocía la felicidad al ver a los cisnes que le rodeaban, y le acariciaban blandamente con sus picos.

Algunos niños se acercaron a echar migas de pan a las bellas aves y el más pequeño, gritó:

—¡Hay otro nuevo!

—Sí, sí, es verdad — exclamaron los demás, saltando y dando palmadas de contento.

Después corrieron a llevar la noticia a sus padres y volvieron al estanque trayendo pasteles y otras golosinas para obsequiar al recién llegado.

—¡Qué guapo es! ¡Qué gallardo! Qué gracioso! ¡Es el más bonito! — se oía decir.

El cisne se sentía avergonzado, y en vez de pavonearse con soberbia como tantos otros que se elevan de la nada, ocultó la cabeza bajo el ala, pensando en las crueles persecuciones que había tenido que sufrir antes de oírse llamar la más hermosa de aquellas aves. ¡Oh! Y pensar que iba a reinar con ellas en aquel delicioso estanque!

Irguió su cuello gracioso y flexible, levantó sus alas, y se deslizó con elegante abandono por la superficie de las aguas, exclamando interiormente lleno de alegría:

—¡Cómo podía imaginarme tanta dicha, ni aún en sueños, en aquellos tiempos en que no era más que el pobre patito feo!



PARTIERON LAS CUATRO.



## AVENTURAS DE CUATRO RATITAS

Una rata vieja decía a otra:

“Ayer tuvimos un gran banquete. Nuestro rey comía con nosotros y yo tuve la suerte de sentarme cerca de él. ¿Qué honor verdad?”

¡Fué una comida muy alegre! Con decirte que hablando, hablando, hasta por los codos, como es costumbre siempre que nos reunimos las comadres, hicimos dos comidas seguidas, sin darnos cuenta de nuestra glotonería... Y, no vayas a creer que la comida era pobre, no, hijita: Fué un verdadero banquete real. Verás todo lo que tragamos y te asombrarás del lujo y el buen gusto que presidían las viandas:

“El primer plato de la comida, fué trozos de pan viejo, restos de tocino y como tercer plato, salchichas. Comimos todo lo que había y cuando terminamos no quedaron más que unos asadores. Entonces, uno de mis compañeros de comida habló de la “sopa al asador”, diciendo que debía ser muy sabrosa. Otro de los ratones, por hacerse el gracioso gritó: Viva el inventor de “la sopa al asador”.

“El rey sintió curiosidad por conocer esa comida tan rara y dijo que se casaría y haría reina, a la ratita que encontrara la receta de la “sopa al asador”. Dió un año y un día de plazo para hallarla.

“Al escuchar al rey, todas las ratoncitas se entusiasmaron. ¡Es tan hermoso ser reina! Pero la empresa tiene muchos peligros, ¿no te parece?”

—Sobre todo — dijo una ratita de las más ancianas —, el encontrar esa fórmula de cocina es casi imposible. Yo he habitado en grandes palacios y conozco los platos más extraordinarios; sin embargo, no sé cómo podrá condimentarse y sobre todo, cómo podrá servirse una sopa al asador, porque una sopa es una salsa y ya sabemos que la salsa es lo único que no puede conservarse en el asador, pues resbala y se escurre hasta evaporarse al contacto con el fuego... Además — añadió — esa aventura nos va a poner en trances del mayor riesgo. ¡Milagro será que quienes emprendan esa hazaña vuelvan con vida!...

Con estas palabras, terminó de hablar la rata

vieja. Y tenía razón. Para encontrar esa receta, había que dejar las cuevas, abandonar a los padres y correr por el mundo. En sus cuevitas, tenían siempre que comer. No les faltaba una cáscara de pan o de queso. En el pícaro mundo, a lo mejor sufrían hambre. Y existía el peligro de los gatos. Podían caer bajo sus garras y ser comidas por sus odiosos enemigos. Pensando en todos estos inconvenientes, a muchas ratoncitas se les enfrió el entusiasmo. Solamente cuatro, se atrevieron a salir a buscar la receta de la "sopa al asador". Eran chiquitas, lindas y muy pobres, tan pobres que tuvieron el valor necesario para desafiar todos los peligros.

Partieron las cuatro, llevando cada una un asador como bastón de viaje.

Al cabo de un año y un día, el rey reunió a su corte de ratones, en una cocina muy grande. De las cuatro ratoncitas que habían salido un año y un día antes, no regresaron más que tres. Se sentaron en fila, al lado de un asador cubierto con un paño negro. El rey lo había mandado colocar allí, como homenaje a la cuarta ratoncita que se suponía muerta.

Oigamos el relato de las ratoncitas.

### **Lo que contó la primera ratoncita**

"Me embarqué en un buque muy grande, que navegaba hacia un país lejano. Los marineros decían que el cocinero sabía hacer toda clase de

comidas. Yo pensé que podría aprender de él, la receta de la "sopa al asador".

"En el buque lo pasaba bastante bien. Había tocino, harinas y conservas. Pero por más que miré, no ví un asador por ninguna parte. Nadie hablaba de la "sopa al asador".

"Después de muchos días de navegación, llegamos a un país desconocido para mí. Salí de mi escondite y bajé a tierra, sin que me descubrieran. Cerca de allí había un bosque grandísimo. Llegué hasta él y me encontré en medio de árboles y plantas de todas clases. Seguí andando, pasé junto a un lago lleno de hermosos cisnes blancos. Al poco tiempo de andar por el bosque, me hice amiga de los ratones del campo. Les pregunté si conocían la "sopa al asador". Nadie sabía nada de esta sopa tan rara. Además, creían que no era posible hacer una sopa al asador. Me hablaron de las plantas y de las flores, explicándome porque tenían ahora un perfume tan fuerte. Es porque estábamos en Primavera y, en esta estación del año, las flores perfuman más que nunca.

"Les dí las gracias por sus explicaciones y seguí mi camino por el bosque. Llegué a un lugar repleto de jóvenes y muchachas, que bailaban y cantaban alegremente. Uno de ellos tocaba el violín. Mirándolos divertirse, me enteré del motivo de la fiesta. Cuando llega la Primavera, los campesinos de ese país bailan y cantan alrededor de un palo largo, que adornan con cintas y flores.



PARTIERON LAS CUATRO...

A este palo clavado en la tierra, le llaman "árbol de Mayo".

"Tuve miedo de que alguno de esos hombres grandes, me aplastara sin querer. Es tan pequeña una ratoncita, que los hombres casi no la ven en el suelo. Me escondí, lo mejor que pude, en un montoncito de césped. De repente, ví salir de la hierba una infinidad de duendecillos, vestidos con trajes hechos de flores de mil colores. Tan chiquitos eran, que no alcanzaban ni la altura de mi rodilla. Uno de ellos vió mi asador y dijo: Esto es lo que necesitamos.

"Yo les contesté que se los prestaría, a condición de que me lo devolvieran. Los duendecitos dijeron que sí, y, muy contentos, tomaron el asador y lo plantaron en el césped. Lo adornaron con flores, banderitas y alas de mariposas. Entonces me dí cuenta para qué querían mi asador. Los duendecitos también festejaban la Primavera, plantando el "árbol de Mayo".

"Empezaron a bailar al compás de una música muy linda. Eran los cantos de los ruiseñores, mirlos, en fin, de todos los pájaros del bosque. ¡Qué cantos más hermosos! No me cansaba de escucharlos. Cantaron y bailaron toda la noche. A la mañana siguiente, me devolvieron el asador, diciéndome que pidiera algo y ellos me lo concederían, siempre que fuera posible. Yo aproveché la oportunidad y les pedí que me enseñaran a preparar la "sopa al asador".

"El duende me contestó que cuando regresara

a mi país, pasara el asador por el hocico de mi rey y le recrearía la vista, el olfato y el oído”.

Con estas palabras, la primera ratoncita terminó su relato.

A continuación, tomó el asador por un extremo y lo puso delante del hocico del rey. Entonces, en la punta del asador, apareció un ramo de flores de hermosos colores y rico perfume. Después de esto, la primera ratoncita empezó a mover el asador como si estuviera dirigiendo una orquesta. Entonces se oyó una música rara. Eran los ruidos de la grasa al hervir, del caldo, de la carne asada; hasta el ruido del fuego se escuchaba.

El rey creyó que estaban cocinando de veras y dijo:

“Esta sopa debe ser riquísima”.

La primera ratoncita dijo al rey, que no podía servir la sopa, porque de tanto hervir se había secado en el fuego. El rey se dió cuenta que todo había sido imaginario y que la “sopa al asador” no había sido preparada.

Veámos lo que contó la segunda ratoncita.

### **El relato de la segunda ratoncita**

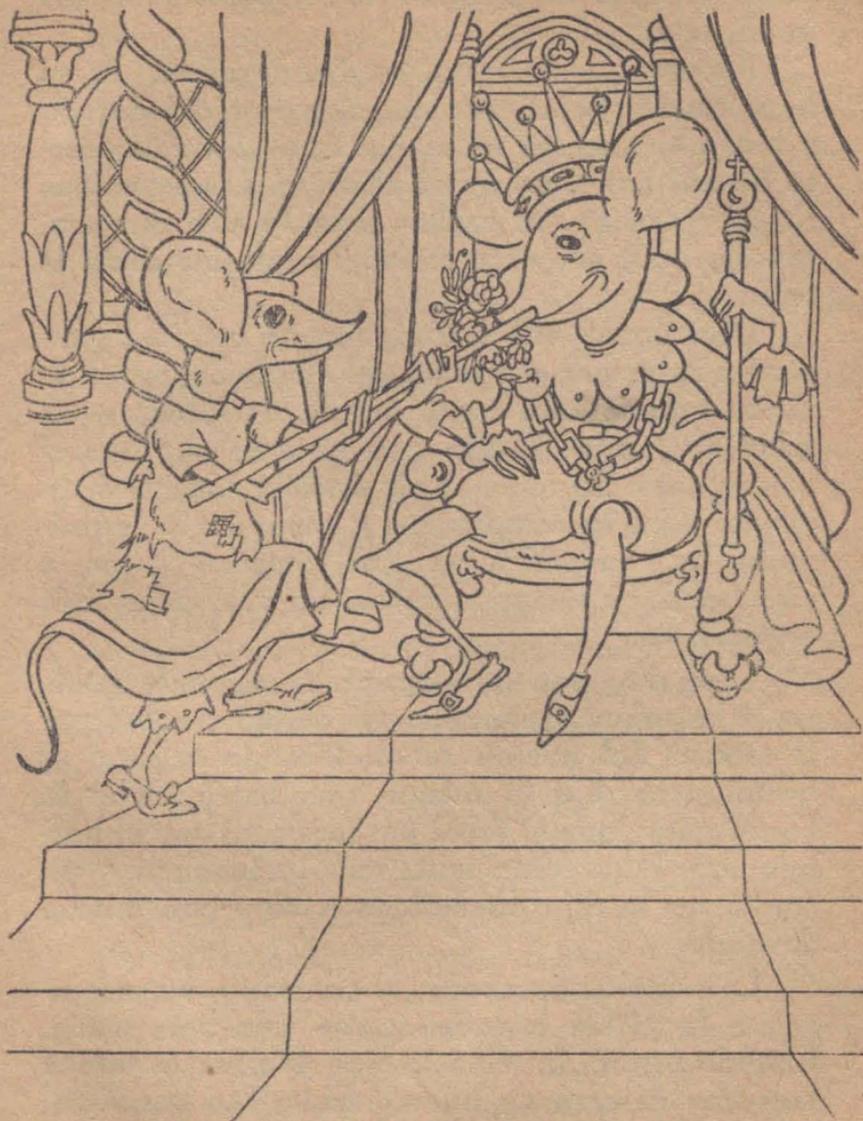
“Yo soy de una familia de mucha instrucción, porque siempre hemos vivido en la biblioteca. Yo también nací entre libros. Desgraciadamente, nunca pudimos llegar al comedor o a la despensa donde están los dulces.

En la biblioteca donde vivimos, a veces pasamos hambre, pero estudiamos mucho. Cuando supimos que el rey había organizado un concurso, yo quise intervenir. Mi abuelita era una ratona muy vieja y tiene mucha experiencia. Me dijo que un día oyó a un bibliotecario que hablaba de hacer una sopa al asador. Mi querida abuela me preguntó si yo era poetisa.

Se llama poetisa a una mujer que escribe versos.

Yo le contesté que no era poetisa y que no tenía suficiente inteligencia para escribir versos. Mi abuela, que sabe mucho de estas cosas, me enseñó que para ser poetisa se necesitan tres cosas: Inteligencia, Imaginación y Sentimiento. Me dijo que saliera por el mundo a buscar esas tres cualidades y cuando las tuviera sería poetisa y podría preparar la "sopa al asador".

Me despedí de mi abuela y me fuí a buscar la Inteligencia, la Imaginación y el Sentimiento. Lo primero que traté de encontrar, fué la Inteligencia. Yo había oído decir que las hormigas son inteligentes. Anduve hasta que llegué a un hormiguero. Me escondí y esperé que saliera la Inteligencia, para sorprenderla descuidada. Mientras tanto, miraba lo que hacían las hormigas. Trabajan mucho y en un orden perfecto. No se cansan nunca de trabajar. No todas las hormigas son iguales, ni hacen los mismos trabajos. La hormiga número uno, es la reina. La hormiga - reina



TOMO EL ASADOR POR UN EXTREMO...

manda a todas las demás y es considerada la más inteligente.

Observé que la reina estaba orgullosa de su hormiguero. Creía que era el mejor del mundo y más alto que las montañas más elevadas. Cerca de allí había un árbol altísimo. Las hormigas no lo conocían, ni sabían todo lo alto que era, porque eran ciegas y creían lo que les decía la reina.

“Una noche una hormiguita se perdió y empezó a subir por el tronco del árbol. Cuando volvió al hormiguero, contó que había subido a un árbol muy alto. Y dijo que era más alto que el hormiguero. La reina al oír esto, lo consideró un insulto para su hormiguero y castigó a la hormiguita. La condenó a trabajos forzados, o sea, a arrastrar los insectos muertos, traer las pajas más pesadas, etc.

“Otro día, una hormiguita considerada noble en el hormiguero, también se perdió y subió por el tronco del mismo árbol. Cuando regresó al hormiguero dijo lo mismo que había dicho la hormiguita: que el árbol era más alto que el hormiguero. Pero como tenía más inteligencia y picardía no lo dijo directamente, sino con mucho disimulo.

“La reina no se enojó; al contrario, consideraron a la pícara hormiga como una gran sabia. Cuando murió, la reina le hizo adornar la tumba con una cáscara de huevo. Entre las hormigas, esto es un gran honor.

“Yo seguía en mi escondite, esperando una ocasión para descubrir a la reina, porque no la distinguía de las demás hormigas. Un día observé que una hormiguita hacía grandes esfuerzos para levantar su huevo y llevarlo al nido. Dos hormigas que iban cargadas con sus huevos, quisieron ayudarla pero no pudieron. Entonces siguieron su camino, dejando sola a la pobre hormiguita. En eso ví venir a otra hormiga que caminaba muy derecha y con orgullo. Observando cómo las dos hormigas no pudieron ayudar a su compañera, dijo:

“Recuerden que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

“Al oírla razonar tan bien, comprendí que esa era la reina. La atrapé con la lengua y me la comí. Tenía ya en mi cuerpo, la Inteligencia. Me faltaban todavía la Imaginación y el Sentimiento. Seguí buscando. Subí al árbol que estaba al lado del hormiguero y en una rama encontré a una ninfa.

“Mi abuela me contó que las ninfas son seres que nacen y mueren en los árboles. La ninfa que yo encontré, era muy hermosa. Cuando la ví, le pregunté si sabía donde estaba la Imaginación. Me contestó que Fantasio, el Dios de la Imaginación, venía todos los días a descansar en ese árbol. Terminó diciéndome que ella le arrancaría una pluma de las alas y me la daría. Con esa pluma lograría tener Imaginación. Me escondí y ví venir a Fantasio. La bondadosa ninfa le arran-

có una pluma y me la regaló. Yo me la comí. Tenía, pues, Inteligencia e Imaginación. Pero todavía me faltaba una cualidad: el Sentimiento. Se me ocurrió que lo encontraría en alguna novela de la biblioteca donde yo nací. Regresé a mi hogar y allí, entre los libros, hallé, uno muy sentimental. Me lo comí. En seguida sentí dolor de estómago, de cabeza y temblores en todo el cuerpo. Pero, por fin era poetisa!

“Inventé cuentos, historias, refranes y hasta novelas, que hablaban de asadores. Pero no supe cómo hacer la “sopa al asador”. Tengo Imaginación, Inteligencia y Sentimiento, puedo contar historietas muy entretenidas, Majestad”.

Sé hacer sonetos, romances, octavillas. Mido los versos sin metro y mi especialidad son las composiciones románticas, en las que pongo todo mi corazón de artista.

¿Queréis que os lea una oda que he dedicado a ensalzar el sabor del queso de Holanda, o . . . preferís el canto a los chorizos extremeños? Mi lira, es un dechado de inspiración.

El rey no la dejó continuar, pues le dijo: “Basta de tonterías. Con todas esas historias, no comeremos la “sopa al asador”.

La tercera ratoncita se preparaba para hablar, cuando entró corriendo la cuarta ratoncita, que todos creían muerta. Había caminado días y noches sin descansar, para llegar a tiempo. Venía un poco lastimada y con muchos pelos menos. Se veía que había tenido muchos inconvenientes.

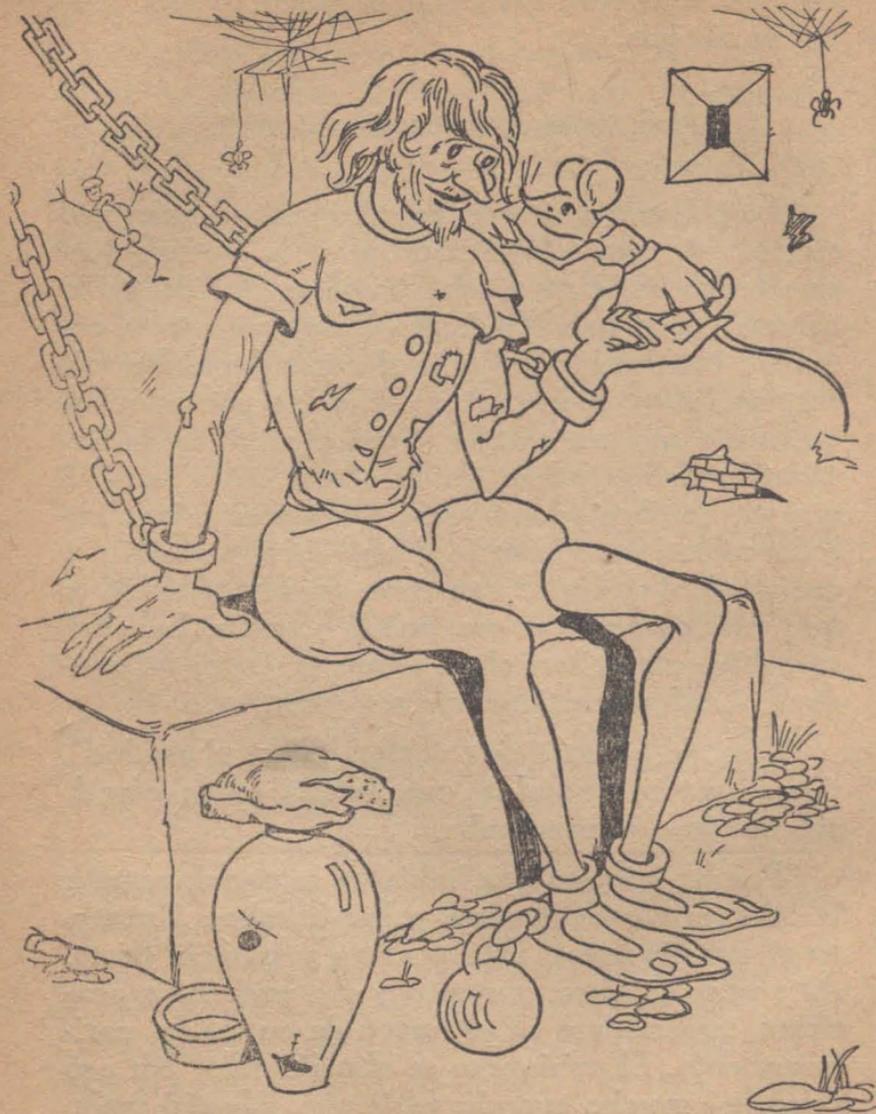
Sin pedirle permiso al rey, se puso a hablar antes que la tercera ratoncita, a quien tocaba contar su historia.

### Aventuras de la cuarta ratoncita

“Lo primero que hice, fué dirigirme a una gran ciudad. No recuerdo el nombre de la ciudad, porque tengo mala memoria. Viajé escondida en la carreta de un bandido, que quería pasar unas cosas de contrabando. Pero, el contrabandista fué sorprendido y lo metieron preso. Yo conseguí escapar sin que me vieran y me escondí en la habitación del guardián de la cárcel. Allí escuché que un hombre estaba preso por haberse insolentado contra un vigilante. Hablaba el guardián y decía así: Total, por una cosa sin importancia lo han metido preso a ese pobre hombre. La cosa está bien clara, tan clara como la “sopa al asador”. Cualquiera tiene un mal momento.

“Cuando escuché que decían “sopa al asador”, pensé que ese hombre que estaba en la cárcel, sabría cómo se preparaba.

“Por un agujero que había en la pared, entré a la celda donde estaba ese pobre hombre. Cuando lo ví me dió pena. Estaba flaco y parecía triste. Al verme se puso contento y me empezó a acariciar, teniéndome en el hueco de su mano, cariñosamente. El prisionero se aburría solo, por eso se alegró mucho cuando yo llegué. Me dió peda-



PRONTO NOS HICIMOS GRANDES AMIGOS.

bitos de pan y queso y muy pronto nos hicimos grandes amigos.

“Sin embargo, nunca le oí decir nada de la “sopa al asador”. Un día se lo llevaron y no lo volví a ver nunca más. Cuando se fué, me quedé solita en la prisión. En un momento que estaba descuidada, pensando cómo haría para dar con la receta de la “sopa al asador”, me sorprendió el guardián y me encerró en una jaula de alambre. Por suerte, no me quería matar, sino solamente me había apresado para divertir a una neta suya. La neta era rubia y muy linda. Me miraba correr por el interior de la jaula, con pena. Un día, le dió mucha lástima de mí y, abriendo la puerta de la jaula, me dejó en libertad. Yo escapé y caí en poder de un buho que, al principio, me dió mucho miedo. Me asusté de él, porque es un animal muy parecido al gato. Pero el buho era muy bueno y no me hizo ningún mal. Le pregunté si sabía hacer la “sopa al asador”.

“El buho me explicó que esa sopa no existía, que era una frase que usaban los hombres, para significar que algo no tiene importancia. Le agradecí el consejo y me vine rápidamente a decirles que la “sopa al asador” no existe. Majestad, ésta es la verdad y como yo os la traigo, merezco que me hagáis reina”.

Pero la tercera ratoncita que la escuchaba atentamente, dijo de pronto:

“Eso que acabas de decir son todas mentiras.

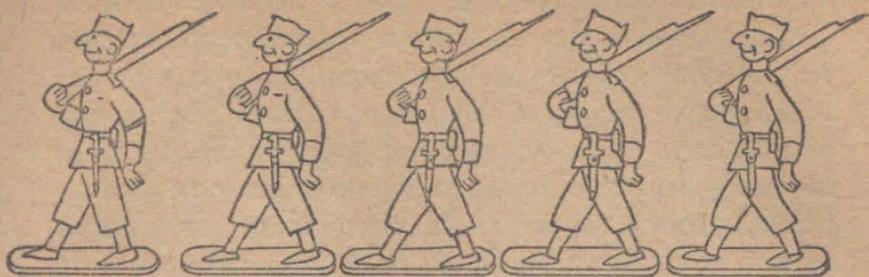
Yo sé preparar la "sopa al asador" y en seguida la haré.

"Poned una cacerola al fuego. Llenadla de agua. Cuando esté hirviendo, nuestro rey tiene que introducir la cola en el agua caliente, durante cinco minutos".

—¡Cáspita! — exclamó, disimulando su miedo, el rey —. ¿Y ha de ser mi rabito precisamente el que haya que introducir en el agua hirviendo?

—Sí, majestad — contestó, burlona, la ratoncita —. Vuestros humildes súbditos no tienen el alto honor de poseer un rabo con virtudes culinarias tan maravillosas y aristocráticas como la cola real del Rey de los Ratones. Además, esta es la fórmula. No tenéis más remedio que cumplirla, majestad. . . ¡Decídase, que ya el agua está bien calentita! . . .

El rey metió el rabo en el agua, pero en seguida lo sacó y dijo: "Tienes razón. Así se hace la "sopa al asador". Tú serás reina, pero la sopa la haremos otro día. Cuando festejemos las bodas de oro".



## EL TROMPO ENAMORADO

Había una vez un niño muy rico que tenía muchos juguetes a cuál más hermoso y se pasaba el día muy entretenido con ellos, de modo que no los dejaba nunca quietos y los pobres no podían nunca descansar ni hablar. Pero un buen día sucedió que la mamá del niño se lo llevó de paseo; imagináos la alegría de los juguetes al quedarse solos: Lo primero que hicieron todos fué hechar un lindo sueño y descansar bien.

Luego se pusieron a conversar muy animadamente; hacía tanto tiempo que no hablaban! Un soldadito de plomo comenzó a dar grandes voces

de mando, un muñeco a bailar y un lindo monito a dar cabriolas. En un rincón apartado un trompo de vistosos colores, estaba consolando a una pelota que se quejaba débilmente, pues era la que estaba más cansada, porque todo el día, el niño la hacía saltar o rodar o la arrojaba con fuerza hasta hacerla tocar el blanco techo. El trompo estaba muy enamorado de la pelota, así es que le pidió que se casara con él.

—Mira, — le dijo, — yo te quiero mucho, te cuidaré siempre y como de todos modos vivimos juntos, nada nos impide el que nos casemos; verás que seremos muy felices.

Pero la pelota era muy, pero muy orgullosa y no le hacía ningún caso y hasta se burlaba de él.

Vosotros os preguntaréis qué motivos tenía la pelota para ser tan orgullosa, ¿verdad? pues, tal vez fuera porque tenía un hermoso forro de tafite, de todos los colores y al rodar formaba un arco iris perfecto; pero, también debéis saber que por más cualidades que se tengan, es un defecto muy feo el ser orgullosos.

Bueno, pues la pelota aquélla se sentía muy superior a todos los demás juguetes que allí había, decía que ella era una señorita muy distinguida y ni siquiera se dignaba contestar al pobre trompo, que tanto la quería y que le pedía que se casara con él. El pobre trompo era muy bueno y muy humilde y toda la tarde se pasó rogando que te rogarás, sin que ella, muy orgullosa le prestara la más mínima atención.

Pero al día siguiente, bien de mañana ya estaba de nuevo el jugueteón niño entre sus juguetes, de modo que todos estaban muy ocupados y atentos en complacer el más mínimo deseo de su dueño. Este lo primero que hizo fué revisarlos a todos y cuando le llegó el turno al trompo de nuestra historia, lo tomó entre sus manos, le observó bien y finalmente le colocó una punta de cobre, flamante y pulida, que relucía al sol con dorados reflejos. Luego le hizo bailar, y ustedes hubieran visto que maravilloso espectáculo era nuestro trompito, cuando giraba y giraba, haciendo alternar sus brillantes colores y despidiendo reflejos de oro de su punta nuevecita.

El niño quedó muy entusiasmado y el trompo no cabía en sí de contento y ya no dudaba que ahora su adorada pelota se casaría con él, ya que estaba más lindo que nunca. Apenas se marchó el niño a comer y pudieron hablar, se acercó a ella muy presuroso y le dijo:

—Querida pelotita, ¿qué tal me encuentras? ¿No es verdad que estoy muy bonito y que ahora me quieres y podremos casarnos?

Y se ponía muy colorado, porque era muy tímido y no le gustaba alabarse a sí mismo. Y seguía diciendo:

—Ya verás que felices vamos a ser los dos, somos muy alegres y mientras tú saltas, yo bailo, así que haremos una pareja perfecta.

Mas, ¡ay! la pelota no estaba conforme, se rió

desdeñosamente y mirando burlonamente al trompo, le dijo:

—Pero, ¿es que no sabes quiénes fueron mis padres? Pues te lo diré para que lo tengas bien presente y no se te olvide más; mis padres fueron un magnífico par de zapatillas de tafilete, además y para que te enteres, sabe que mi cuerpo está formado de legítimo corcho de España. Ya ves que no puedes compararte a mí, — y al decirlo hacía una desdeñosa mueca.

—Está bien, — le contestó el enamorado trompo, — mas no creas que yo no valgo nada, pues estoy hecho de roble legítimo y mi padre es el ilustre comandante en persona, que en sus ratos de ocio se dedica a labrar toda clase de objetos en su torno y he oído decirle a sus amigos que soy una de sus mejores obras.

Claro que al oír tantas cosas acerca del trompo, la pelota ya no se mostró tan orgullosa y comenzó a prestarle atención y hasta le preguntó:

—¿Es cierto lo que me dices?

—Mira, — le contestó el trompo, — yo sé que es muy feo jurar, pero para que me creas y porque yo te quiero mucho, te juro que es cierto o si no que nunca más pueda yo volver a bailar y que se borren mis hermosos colores y se apague el brillo de mi dorada punta.

Y al decir esto le caían al pobrecito las lágrimas, porque creo que vosotros sabréis que los juguetes hablan, lloran y ríen aunque no podamos verles nosotros.



UN NIÑO QUE TENIA MUCHOS JUGUETES

—Basta, basta, — dijo entonces conmovida la pelota, — te creo porque veo que eres sincero, pero aún así, no podemos casarnos.

—¡Oh! ¿Por qué, por qué? — preguntó el trompo ansioso.

—Te lo voy a contar todo, — díjole la pelota. — Estoy comprometida con una golondrina, y sabes tú cómo nos conocimos? pues, cada vez que el niño me arroja a lo alto, en el jardín, la golondrina asoma su cabecita fuera del nido y me dice tiernas palabras con su lindo piquito. La última vez, como yo me había quedado bastante tiempo en el aire, nos comprometimos y nos juramos un amor eterno porque yo quiero mucho a mi linda golondrina y ella a mí y seremos muy felices cuando yo pueda reunirme con ella en su hermoso nidito, que tiene muy escondido en un alto árbol de frondosas ramas. Ya ves que no puedo quererte, ni tampoco casarme contigo, pero como tú no puedes, no tengo nada más que decir.

Y volvió a callarse entristecida.

No sabían los dos que la conversación que sostuvieron en esos instantes, sería la última que tendrían, en la pieza llena de juguetes del niño. Más tarde se iban a encontrar y hasta volverían a hablarse, pero ya veréis como la conversación del trompo con la pelota era muy distinta.

Sucedió, que al día siguiente, el muchacho dueño de la hermosa pelota, jugando con ella en el

jardín, la arrojó fuertemente al aire. La pelota volaba como el mejor de los pájaros, y se remontó tanto, tan alto, que el trompo por más que miró, llegó a perderla de vista. Pero la pelota no desapareció; al poco rato caía al suelo, y luego volvía a elevarse nuevamente. Parecía que buscaba a la golondrina para hablarle, y hacerle ver que su elástico era el excelente corcho de España. Así fué subiendo y bajando varias veces, hasta que en una de esas se la vió desaparecer. El muchacho se puso a buscarla y revisó por todas partes. Pero todo fué en vano. No pudo descubrir la menor huella de su pelota. Y así dió por perdida a la pelota que saltaba tanto y hablaba con la golondrina.

Imagináos la tristeza que sintió el trompo al desaparecer para siempre la pelota, pero luego pensó y se dijo:

—Bien sé yo, por donde debe andar la muy traviesa; debe estar en el nido con la golondrina y con seguridad que ya se han casado.

Claro está que cuando más estaba pensando en esos ratos de felicidad que debían pasar la golondrina y la pelota, sentía mayor tristeza. Hubiese querido no separarse nunca de su compañera, la traviesa pelotita. Jamás había sentido mayor cariño hacia ella, desde que no podía verla. La idea de que se hubiese casado con otro le hacía mucho daño.

Todo el día se lamentaba por ello. Pero el niño no sabía nada de lo que le pasaba al trompo.

Apenas entraba al cuarto de juguetes, ya está! Tomaba al trompo que con su punta de cobre y lindos colores, brillaba y atraía su atención. Entonces le hacía dar vueltas y más vueltas.

El pobre trompo giraba y giraba sin dejar de pensar en su querida compañera, y, sabéis qué le ocurrió? Pues que de tanto llorar, sus lindos colores se fueron borrando y el pobre estaba todo viejo y descolorido. Entonces su dueño que le quería mucho, le hizo pintar nuevas rayas rojas y doradas, pero luego terminó por regalárselo a un amiguito suyo que siempre había deseado poseerlo.

El trompo quedó muy hermoso y no cabía en sí de satisfacción. Además su nuevo dueño era muy bueno y le dejaba descansar. Ahora deseaba encontrar a la pelota para que viese su estado.

Pero un día en que el dueño lo arrojaba fuertemente, tropezó con una piedra y fué despedido lejos, de tal suerte, que el dueño lo perdió de vista. Lo buscaron en todas partes pero fué en vano.

Pero si a alguien se le hubiese ocurrido buscar en el cajón de la basura, lo hubiese encontrado, pues allí había caído.

Se encontraba cubierto de cenizas y polvo, entre desperdicios repugnantes. Se lamentaba. ¿Qué sería ahora de sus hermosos colores en medio de toda la basura que le rodeaba? A su alrededor vió una hoja de lechuga, una manzana podrida



QUERIDA PELOTITA: ¿QUE TAL ME ENCUENTRAS?

y otra bola que también podía tomarse por otra manzana podrida.

Sin embargo era una pelota medio consumida y saturada de humedad por haber pasado algunos años en un charco.

Su aspecto era lamentable y de seguro que ningún chico la tomaría para jugar, ni aún el más pobre.

La bola dirigiéndose al trompo, le dijo:

—Al fin encuentro con quién hablar. Tal vez tú no lo sepas, pero te diré para que lo vayas sabiendo que yo tengo el cuerpo de corcho de España y además vengo forrada de tafilete; por cierto que me cosieron las manos delicadas de una señorita. Y si no quieres creerme, examínate con cuidado y verás mi calidad. Si ahora me ves sucia y estropeada es porque me arrojaron con poco cuidado, y caí a un charco donde estuve un largo tiempo. Y qué mala suerte la mía. Todo eso me ocurrió cuando estaba por casarme con una golondrina. Mira cómo me ha puesto la lluvia! Me he vuelto fea e hinchada. Y tener que sucederle tantas cosas feas a una señorita como yo!

En todo el tiempo que la vieja pelota habló, el trompo estaba callado; había tenido tal sorpresa al encontrar a su compañera que no sabía qué decir. Pensando en su antiguo amor comparaba el estado de la pelota con el que tenía cuando se

había enamorado de ella. ¡Qué diferencia entre la pelota de tiempo atrás y la que ahora veía!

Así estaba pensando cuando se presentó una criada para ir a vaciar el cajón de la basura.

—¡Toma! — dijo, — miren en donde fué a parar el trompo de los niños.

Tomando el trompo, corrió a llevárselo a su dueño que ya había perdido toda esperanza de encontrarlo.

En cuanto a la pelota fué arrojada a la calle. Ella no había reconocido al trompo, pues éste a pesar de haber caído, sin quererlo en el cajón de la basura, estaba más lindo y brillante que nunca. Además el trompo que estaba en el cajón, pensaba la pelota, no ha hablado conmigo; y yo estoy segura de que si el trompo que yo conocí me encuentra, no digo ahora sinó de aquí a unos veinte años, me hablará dulcemente.

¡Cómo se engañaba! ¡Qué haría si supiese que el que acababa de irse en manos de la criada era su antiguo compañero de juego!

Ya os decía yo que trompo y pelota se encontrarían, pero la conversación solo la llevó la pelota, pues el trompo habíase quedado mudo. Pero la pelota no tuvo mucho tiempo de pensar, pues del cajón fué arrojada a la calle y pasado poco tiempo pisada nuevamente con lo cual quedó peor aún de lo que estaba.

Ahora la pelota se daba cuenta de lo orgullosa que había sido y sin embargo de encontrarse en

tan mala situación y estado como ahora, no había perdido nada de su altivez. Hablaba todavía de su hermoso cuerpo forrado en tafilete y que ahora más bien parecía de trapo sucio. También su corcho de España, tan elástico estaba a mal traer; y no le quedaba a la desgraciada pelota ni siquiera la forma redonda.

¿Os acordáis cuando la pelota se burlaba del enamorado trompo?

Ahora debía sufrir ella lo que sufrió el pobre juguete. Nadie le hacía el menor caso, ni aún el barro que había en el suelo, y que además de no hacerle caso, la manchaba. Los tiempos habían cambiado, y al ver su estado, todos la trataban mal.

Y como era tan orgullosa, sufría más que cualquier otro juguete que se hubiera visto en el mismo caso, pues los seres humildes y razonables, hallan consuelo en todas las vicisitudes de la vida, escudándose en estas dos grandes virtudes. En cambio los orgullosos y soberbios, cuando les llega una época mala, son más desgraciados que nadie.

Entretanto la golondrina, afligida por la pérdida de su amiga la pelotita, resolvió buscarla. Primero había probado como de costumbre, asomarse fuera del nido, para ver si la pelota venía a buscarla para casarse; pasaba un día, luego otro, y después pasaron muchos días sin que la pelota viniese. Entonces la golondrinita levantó vuelo, decidiendo buscarla por otros países. Pero tampo-

co la encontró. En eso, cierto día se le ocurrió mirar a una calle llena de barro, y vió una cosa que la hizo llorar. Ella pudo adivinar quién era esa bola sucia y rota que venía empujada hacia uno y otro lado por las patadas que le daban todos los que pasaban por esa calle. Nadie la recogía. Había quedado abandonada de todos. ¿Qué creéis que hizo la golondrina? Ni fué capaz de ayudar a la desgraciada pelota.

Ya no le gustaba. La veía tan fea y manchada que no tenía ganas de casarse con ella, como iban a hacer antes, cuando eran amigos. Antes la pelota le gustaba porque tenía lindos colores y volaba casi tan bien como lo hacía ella. En cambio ahora ya le gustaba un hermoso trompo que había visto al volar una vez sobre la casa donde vivía su dueño.

Pero lo mejor del caso era que ella no sabía hacerle notar al juguete, su simpatía. Y además el trompo jamás podría visitarla, pues no sabía volar.

Un buen día el ave que estaba más enamorada que nunca del trompo, bajó a hablarle cuando él estaba muy ocupado en bailar, mientras su joven dueño silbaba. El trompo que creía que la golondrina venía para ver su hermosa danza, se entusiasmó y empezó a bailar inclinándose peligrosamente, de suerte que la enamorada pajarilla a cada momento creía que el trompo se iba a caer y lastimar. Por suerte el trompo había na-



LA GOLONDRINA ASOMA SU CABECITA.

cido bailando de manera que nada sucedió de lo que la golondrina pensaba.

Terminada su demostración, el trompo quedó acostado en el suelo, pues estaba muy cansado, y entonces la golondrina empezó a cantar, moviendo su lindo piquito, y guiñándole sus ojitos que no dejaban de mirar al hábil bailarín. A éste le gustó mucho también el dulce y tierno canto del ave, y ahora se daba cuenta de cómo la pelota había podido enamorarse de la golondrina. Pero él ni pensaba casarse con la golondrina como había pensado la pelota. El solo deseaba que la golondrina fuese su amiga y que viniese todos los días para verle bailar y también para que le cantase suavemente cuando él se acostaba a descansar, después de sus bailes.

Hasta que sucedió un buen día que la golondrina le declaró que lo amaba. Pero el trompo le dió la misma contestación que mucho tiempo atrás le había dado a él la pelota.

—Sólo quiero ser tu amigo, pues no puedo amarte y he de decirte cual es la causa.

Y le dijo que amaba a una pelota que mucho antes, se había perdido al tirarla su dueño.

Pero la golondrina que sabía tan bien como él de qué pelota se trataba, se puso triste y pensativa. Ella había visto abandonada a su antigua prometida y no había querido ayudarla.

Entonces arrepentida, resolvió llegarse otra vez hasta donde había visto a la pelotita. Dicho y

hecho. Pero cuando llegó al lugar en donde debía estar la pelota, no la vió más.

La infeliz había muerto sin dejar de ser orgullosa. Unos chicos malos que pasaban por allí la cortaron a pedazos y arrojaron sus restos a una cloaca.

Ahora la golondrina y el trompo ya se hallan casados, pero no olvidan nunca a la pelotita que siendo tan orgullosa quiso volar demasiado lejos y se perdió.



## EL CARDO VANIDOSO

Sucedió lejos, muy lejos. Junto a un hermoso castillo se extendía un jardín que llamaba la atención de los paseantes por su belleza. Había en él muchos árboles, arbustos y flores de todas clases y colores.

Las más bellas plantas exóticas eran traídas por su dueño — cuyo mayor orgullo era su espléndido jardín — de los más remotos países. Y los árboles más hermosos poblaban las rotondas y las avenidas del parque aquél. Altivas palmeras africanas, perfumados naranjos de España, pinos

del Norte, plátanos del Brasil, cocoteros de Cuba y mil y mil variedades de árboles y flores embellecían el jardín de nuestro cuento.

Por encerrar tantas bellezas, el jardín era admirado en muchas leguas a la redonda y no llegaba al país un forastero que no fuese a visitar el espléndido jardín del que había oído contar tantas maravillas.

En sus bellos estanques, nadaban los más hermosos cisnes, por sus amplias avenidas paseaban, orgullosamente, los pavos reales de pintados plumajes, y en las ramas de sus árboles, multitud de encantadoras avecillas canoras alegraban el aire con sus más variados trinos y canciones.

Y si el señor del castillo ofrecía alguna fiesta a sus amistades, iluminaba el jardín con miles de farolillos de colores brillantes. Y cuando la orquesta, hacía volar sus melodiosas armonías por entre las flores y los árboles, tan bellamente iluminados, damas y galanes creían hallarse transportados por arte de magia, al país maravilloso de las hadas.

Junto al jardín, pero dando hacia la parte de la calle, al pie del seto que lo cercaba, crecía un cardo grandísimo cuyas raíces echaban retoños por todos lados, dando así la impresión de un verdadero matorral; sin embargo, nadie se fijaba en él.

Sólo el borrico de la lechera vecina lo miraba con ojos glotones, mas no podía acercarse porque la soga que lo sujetaba era muy corta. El ani-

mal, estirando el cuello cuanto podía, exclamaba:

—¡Oh! ¡Qué hermoso que eres! ¡Con qué gusto te comería!

Pero la soga era muy corta y el pobrecito asno tenía que conformarse mirando al cardo con ternura y dirigirle las más dulces lisonjas.

Un día hubo en el castillo una gran reunión de personas distinguidas, la mayor parte de ellas procedentes de la capital, habiendo entre ellas muchas jóvenes hermosas. La más bella de todas había llegado de lejanas tierras: era una niña escocesa de bucles rubios. Poseía grandes riquezas, pues descendía de una familia de nobles adinerados. Como la joven poseía tantos atractivos la cortejaban, queriendo conquistarla, muchos mozos en la fiesta.

—“¡Qué dichoso será quién se case con ella!” — decían los jóvenes, en tanto ella se paseaba por los suntuosos salones del castillo. Luego de bailar largo rato, la concurrencia, jóvenes en su mayoría, se dirigieron al jardín, con el objeto de admirar sus bellezas. Siguiendo una vieja costumbre de los pueblos del Norte, cada niña cortó una flor, colocándola en el ojal de un caballero. La escocesa de los bucles rubios no se decidía por ninguna flor, hasta que sus ojos se detuvieron en el seto, al otro lado del cual crecía, arrogante, la mata de cardos con sus flores rojas y azules. Sonrióse la niña, y suplicó al hijo del dueño de la casa que fuese a buscarle una.

—“Esta es la flor de mi país, — decía; — fi-

gura en el escudo de armas de Escocia. Traedme una, os lo ruego."

El joven, todo un caballero, corrió a complacerla, cogiendo la más bella flor de cardo, no sin antes pincharse los dedos para lograr su intento. La niña la tomó en sus delicadas manos, colocándola en la solapa de su acompañante. Éste, ante tan gentil distinción, sintióse profundamente halagado.

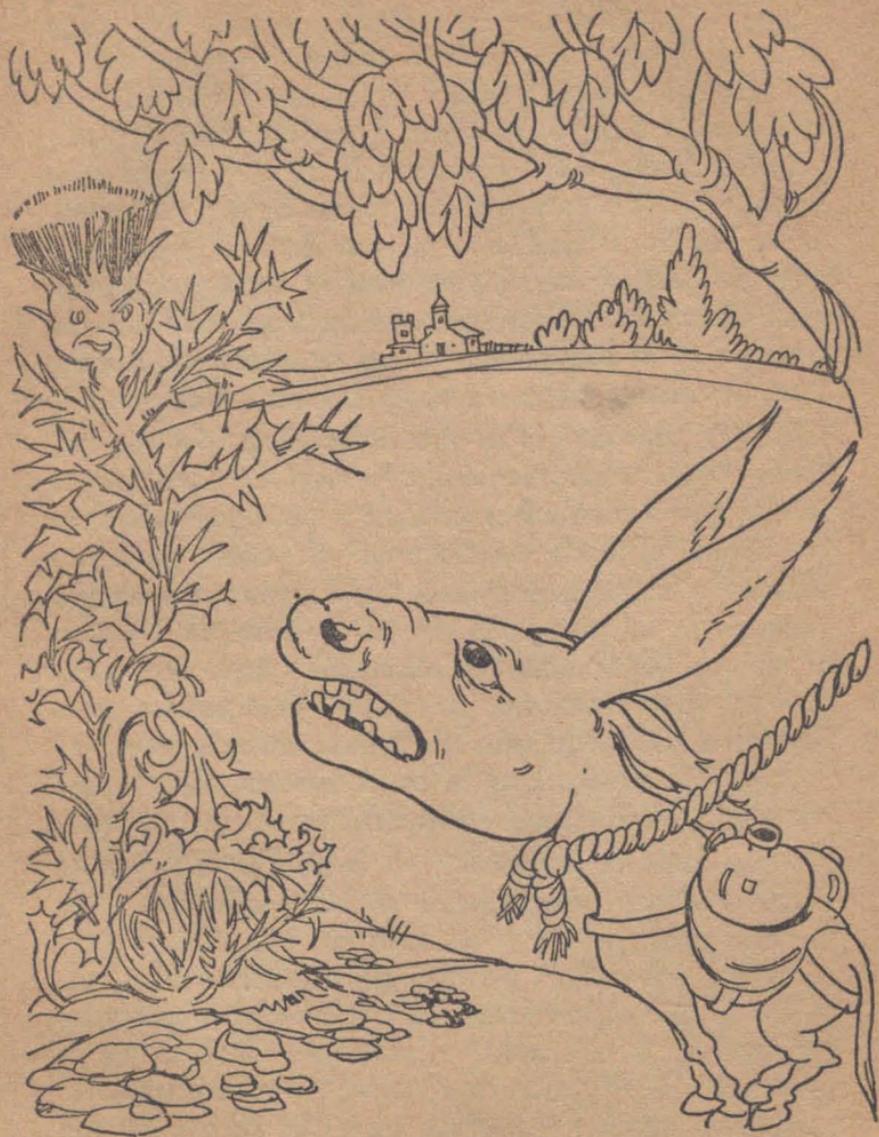
Y bien; si el joven sentíase orgulloso del gesto de su compañera, ¿qué no haría el humilde cardo, tan acostumbrado a que nadie reparase en él? Sentía una satisfacción tan intensa, una alegría tan grande como cuando, luego de un copioso rocío, los rayos del sol iban a calentar sus hojas que tiritaban de frío.

Su vanidad era tanta, que consideraba sus colores superiores a los del Arco Iris; su rústica apariencia, envidiada por las más preciadas flores; su esbeltez, igual a la de la más altiva palmera, y su insulso olor, perfumado como el de la más delicada rosa.

Como la vanidad es ciega, se creía en suma la más bella y espléndida de todas las plantas.

¡Pobre cardo!...

Erguía-se sobre sus raíces y se pavoneaba como si le acabasen de dar la mejor condecoración. En aquellos momentos se creía el ser más importante de la tierra y se imaginaba que todo el mundo estaba pendiente de él. ¿Habéis visto qué vanidad más ridícula sentía el pobrecillo?



¡CON QUE GUSTO TE COMERIA!

—“De manera, — se decía, — que yo valgo más de lo que se figuran todos; siempre me lo imaginé. A decir verdad, creo que deberían trasplantarme dentro del seto, y no tenerme expuesto aquí fuera a los rigores del frío. Pero, es cosa sabida que en este mundo nadie ocupa su verdadero lugar. Mirad sino a una de mis hijas, que con su belleza logró atravesar el seto y se pavonea ahora colocada en la solapa de todo un caballero. Verdaderamente, no sé cómo ya no me han llevado a alguna exposición internacional de flores y plantas! ¡Porque si hubiera ido me hubiera llevado el premio de honor!... Realmente tengo que dar muchas gracias a Dios por haberme hecho la reina de las flores... ¿Y cómo será posible que los hombres sean tan tontos y no se den cuenta de la categoría de mi belleza?... Porque si en vez de ir siempre distraídos cuando pasan por mi lado, pusieran un poco de atención inteligente al mirar lo que les rodea, estoy seguro de que se quedarían con la boca abierta al contemplarme, e, inmediatamente, mi fama se extendería por todo el planeta y yo sería colocada en el lugar que me corresponde al otro lado del seto, en ese gran jardín y al lado de esas flores que se creen tan bellas, porque no me conocen a mí. ¡Qué si me conocieran iban a quedarse muertas de envidia y de rabia! Realmente Escocia es el país más inteligente que existe — continuaba el orgulloso cardo — puesto que allí saben lo que valemos los cardos, los distinguidísimos cardos,

y hasta nos colocan en su escudo para darnos la máxima categoría. ¡Ah, si aquí hicieran lo mismo y vinieran a buscarme para colocarme en el escudo del país! . . . ¡Cómo iban a sufrir las estúpidas flores del seto! . . . Y después de todo, eso puede suceder el mejor día . . . ¡Soy muy importante, no me cabe duda, soy muy importante!”.

Y, al decir estas palabras, se balanceaba orgulloso, dejándose mecer por el viento, imaginándose que ya iba en una carroza camino del palacio real.

Y en su alegría, fué contando a todos los retoños de su fértil tronco la feliz novedad. Transcurrieron muy pocos días, cuando por casualidad llegó hasta él la noticia de que la escocesita había concedido su mano al joven a quien obsequiara con una de sus flores.

—“Yo he logrado este feliz acontecimiento”, exclamó el cardo y a gritos repetía la noticia.

—“Ahora sí que me trasplantarán; bien merecido que me lo tengo. ¡Quizás me colocarán en un tiesto precioso donde podré descansar tranquilo por el resto de mis días!” . . .

Según parece este es el honor más grande a que puede aspirar una planta.

Tan convencido estaba de que al siguiente día lloverían sobre ella las mayores pruebas de distinción, que prometía a las más insignificantes de sus flores, que muy prontito estarían todas en algún rico jarrón, o lucirían prendidas en los ojales de los señores más elegantes de la región.

Pero no se realizaron las esperanzas de la ambiciosa mata. No hubo para ella, rico jarrón, ni siquiera una humilde maceta de barro. Las pobres flores de cardo continuaron sufriendo el frío por las noches y sólo recibieron la visita de las abejas, que iban en busca de su jugo.

—“¡Ladrones!... ¡Bandidos!... — gritaba el cardo —. ¡Con qué ganas os pincharía con mis espinas! ¿Cómo os atrevéis a posaros sobre las flores destinadas a ir prendidas en los ojales de los galanes?”.

Y el cardo lloraba y lloraba. Y las flores, tan tristes, terminaban por doblarse sobre sus tallos. Perdían poco a poco sus colores y luego se marchitaban. Pero las flores que, de tan tristes se secaban, eran sustituidas por otras nuevas. Y el cardo les repetía lleno de confianza:

—“Vienes como anillo al dedo: no podías abrirte más a tiempo. De un momento a otro vamos a pasar al seto”.

Unas inocentes margaritas, concluyeron por creer en las palabras del cardo y le brindaron todo su respeto, pero éste les respondía con el desprecio y la vanidad.

El borrico, en cambio, desconfiado como todos los borricos, no se convencía de las palabras del cardo. Pero, a pesar de eso, no se olvidaba de tirar de la soga que lo tenía amarrado, con el fin de poder alcanzar a su querido cardo, antes de que lo llevaran a lugares más difíciles de ser



LA NIÑA LA TOMO EN SUS DELICADAS MANOS...

alcanzados por un humilde asno. Pero fué inútil. No pudo romper el cabestro.

A fuerza de pensar y pensar en su pretendida nobleza, nuestro cardo llegó a convencerse de que el que figuraba en el escudo de Escocia era un glorioso antepasado suyo.

Su vecina, una ortiga, encontraba razonables estas ideas.

—“Con harta frecuencia, — decía — una procede de elevada alcurnia sin saberlo. Esto es cosa de todos los días. Yo misma estoy segura de no ser una planta vulgar. ¿No nace de mí la museлина más fina con que se visten las grandes damas?”.

Y como en todos los lados, pasó el verano y vino el otoño: y cayeron una por una las hojas de los árboles. Las flores perdieron su perfume. El jardinero, recogiendo los tallos secos, iba cantando con fuerte voz:

“Arriba, abajo... Arriba, abajo...  
tal es el curso de la vida”.

Las tiernas plantitas del bosque empezaron a preocuparse por la fiesta de Navidad, día en que se adornan con cintas, dulces y luces los arbolillos destinados para tan honroso destino.

Y a pesar de que el ser arrancadas para ese objeto les costaría la vida, se sentían deseosas de ser elegidas.

—“¡Cómo se entiende eso! — exclamaba el cardo — continúo aquí y ya hace ocho días que

se han celebrado las bodas. Y a pesar de que yo he sido el único autor del enlace, nadie se acuerda de mí y no les importa que me consuma. Bien saben ellos que tengo demasiado amor propio para pedirles nada. Además, que aunque quisiera moverme, me sería imposible hacerlo. No me queda más remedio que esperar. Tendré paciencia”.

Iban transcurriendo las semanas y al pobrecito cardo ya no le quedaba más que una sola flor, muy grande y muy abierta.

Era una flor muy robusta, mas, el viento y el rocío la iban secando poco a poco.

Un día la joven pareja, gozando de la luna de miel, dió un paseo por el jardín, acercándose hasta el seto; la escocesita dirigió la mirada hacia el cardo y dijo a su esposo:

—“Mira, ahí está el cardo todavía, pero ya no tiene flores”.

—“Sí, todavía tiene una aunque casi seca, — dijo el joven señalando el cáliz seco de la única flor de cardo”.

—“¡A pesar de eso, la encuentro hermosa, — exclamó la dama —. Vé a buscarla, ¿quieres? Deseo recogerla para reproducirla en el marco de nuestro retrato de bodas”.

El joven, complaciente, atravesó el seto, arrancando la ya mustia flor de cardo, no sin antes ser pinchado por varias de sus muchas espinas. Alcanzándosela a su esposa, fueron de la mano hasta un salón de su residencia donde, en una de las

paredes, estaba colgado el cuadro de los recién casados, donde, con mucho orgullo, se encontraba una flor de cardo prendida en el hojal de la solapa del joven.

Mucho, muchísimo se habló de la primera y de la última flor que brillaba como un disco de plata y que luego serviría de modelo para ir cincelada en el marco.

El viento, a lo lejos, parecía el sollozo de un niño a quien se niega un caramelo por haberse portado mal.

Y el pobre cardo ambicioso sentía en su cuerpo las inclemencias del tiempo, que lo azotaba cruelmente, sintiendo así más grande su dolor y su angustia por haber sido olvidado.

— ¡Así es la vida! — exclamaba —. Mi hija mayor encontró colocación en el hojal de un caballero; mi último vástago está en un marco dorado. ¿Y de mí, qué será? ¡Qué dura es la vida! Yo que he sido siempre un cardo de buenos sentimientos, yo, que he logrado que se realizara la más bella boda del lugar, me veo olvidado por todos. Ya nadie se acuerda de mí. ¿Qué haré ahora, así solo y viejo contra los fríos crueles del invierno que se avecina?

Así se lamentaba el cardo. Y sus lágrimas, eran llevadas lejos por el viento.

A poca distancia se encontraba el asno, atado como de costumbre, observando a la planta de cardo, que era sin duda el objeto de todo su cariño de borrico.

—“Si quieres estar igual que una reina, abrigadita, abrigadita, sin sufrir el dolor de estar abandonada,— le decía — acércate a mi barriguita, tesoro de mi alma. Vén, acércate, porque a mí me resulta imposible, ya que mi patrona, la lechera, me ata siempre con esta fuerte sogá para que no me escape. No tengas miedo, te doy mi palabra de asno que estarás en mi estómago mucho mejor de lo que te encuentras allí”.

Peró la mata, que estaba triste, no hacía caso de las palabras de cariño del borrico y seguía llorando, llorando, en tanto que el viento llevaba sus lágrimas a tierras remotas, quién sabe adonde. Quizá las lágrimas del cardo se juntarán con la lluvia y mojarán la tierra. Esas son cosas que él no comprendía. Por eso y porque lo habían olvidado, lloraba el cardo.

Y el borrico, que era muy cabeza dura, continuaba dirigiendo sus miradas a la mata, que seguía llorando cada vez con pena mayor. Y llegó la Navidad. La fiesta que los niños esperan desde muchos días antes para descolgar los regalos de las ramas de los arbolillos y para comer mucho pan dulce y peladillas.

Y el cardo se fué conformando poco a poco con su suerte y ya no lloró más, en tanto el borrico comía despacito los pastitos que encontraba a su alcance.

—“No importa — decía la mata —. No debo quejarme de mi suerte mientras mis hijos hayan llegado a ocupar cargos tan elevados. Después de



TODAVIA TIENE UNA, AUNQUE CASI SECA.

todo, una madre debe sentirse satisfecha de que sus hijos ganen la admiración de las gentes. Desde hoy, ya no lloraré más. Desde hoy, todo mi deseo será el de que mis niños, el que fué colocado en la solapa del saco del joven que tuvo la dicha de casarse con la escocesita de los bucles rubios, sea admirado por todas las flores y que el otro, el que sirvió para ser cincelado en el marco del cuadro de la gentil pareja, sepa llevar con honra la distinción que le ha tocado en suerte. Y desde ya, me resigno a continuar viviendo humildemente en la tierra en que nací”.

—“Este desprendimiento demuestra tu bondad y te honra, — dijo el último rayo de sol — y yo, que soy tu amigo, te prometo que tendrás la recompensa que mereces”.

—“¿Me pondrán en una maceta o en algún cuadro?”, — preguntó el cardo lleno de interés.

—“No, te pondrán en un cuento, en un cuento que leerán muchos niños. Niños que sin duda sabrán comprender tu arrepentimiento de cardo ambicioso.

Después de decir esto, el rayo de sol desapareció en el espacio para alumbrar con su luz otras regiones.



AUTORES DANESES  
LITERATURA <sup>159</sup> INFANTIL - CUENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

inv. 49637

S. III. 86

TITULOS PUBLICADOS  
EN ESTA COLECCION



CUENTOS DE LA ABUELA

CUENTOS DE SCHMID

CUENTOS DE PERRAULT

CUENTOS DE ANDERSEN

CUENTOS DE GRIMM

LAS MIL Y UNA NOCHES

FABULAS DE IRIARTE

AVENTURAS DE ROBINSON

LEYENDAS DE BECQUER

VIAJES DE GULLIVER

50  
1024.5  
11  
1423  
1011



QUERER ES PODER